

# Días de la vida

## Cien microcuentos



**Jorge Dávila Vázquez**







**Días de la vida**

**Cien microcuentos**

DÍAS DE LA VIDA. CIEN MICROCUENTOS  
©Jorge Dávila Vázquez

Primera edición: Cuenca, junio de 2022

## **UNIVERSIDAD DEL AZUAY**

Francisco Salgado Arteaga  
Rector

Genoveva Malo Toral  
Vicerrectora académica

Raffaella Ansaloni  
Vicerrectora de investigaciones

Toa Tripaldi Proaño  
Directora de la Casa Editora

Daniela Durán P.  
Diseño y diagramación

ISBN: 978-9942-847-77-5

E ISBN: 978-9942-847-78-2

## **CCE AZUAY**

Martín Sánchez Paredes  
Director provincial

David Larriva R.  
Edición y corrección de textos

Juan Contreras  
Diseño y diagramación

Impreso en los Talleres gráficos  
de la CCE Azuay

Edición conmemorativa de la incorporación  
del autor como Miembro de Número de  
la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Con el aval de:



# Días de la vida

Cien microcuentos

JORGE DÁVILA VÁZQUEZ



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora



CCE  
AZUAY





*A todos mis lectores, con afecto.*

*A mi familia, como siempre.*



# «Ignívoro volcán» o los fuegos literarios de Jorge Dávila Vázquez

## Homenaje a Jorge Dávila y presentación del concurso que lleva su nombre

*P*or lecturas de otros momentos de mi dedicación literaria he dado con este sintagma dentro de un poema de la poeta guayaquileña María Piedad Castillo de Levi dedicado a otro gran cuencano, don Remigio Romero y Cordero, y en mi mente se produce la chispa de la conexión que me hace pensar en la copiosa obra literaria de Jorge Dávila Vázquez. Quiero prevenir a los lectores de que mis palabras, pese a que tienen que dedicarse a comentar una extensa obra literaria, no pueden dejar de teñirse de subjetividad y cariño. Porque no puedo separar al hombre del escritor, así como no puedo despojarme de mi condición de amiga para emprender una tarea exclusivamente crítica. No pienso en términos académicos ni me expreso como profesional de la literatura. Creo que he sido convocada, simplemente porque conozco muchos de los libros de Jorge, porque

pertenece a la misma generación y porque hemos caminado cerca en nuestras acciones profesionales.

Cuando quiero hacer el recuento de escritores de total vida literaria, pienso en Jorge. No sé cómo será su vida cotidiana o sus rutinas, pero lo he imaginado siempre escribiendo o persiguiendo una idea, un recuerdo, una asociación que va a terminar en texto. Alguna vez ha contado cómo opera su extraordinario proceso creativo:

Yo escribo así: empiezo por tratar un tema y lo voy expandiendo y formando series. Lo he hecho en el relato, en la poesía y lo hago en el teatro, empiezo por una historia, una composición y un monólogo, y luego aquello se transforma en un conjunto que tiene más o menos una cierta ligazón, una coherencia. Cualquiera que lea mis libros encontrará esas características, desde los más antiguos, digamos desde la serie *Los tiempos del olvido*, en que una anécdota de dos viejas hermanas («Viernes sin historia», la primera cronológicamente escrita) desata todas las historias familiares que componen el volumen.

Por esto es que la imagen del volcán es valedera: la erupción multiforme e inabarcable de sus libros lo presenta de cuerpo entero. Hubo tiempos en que yo presumía de citar sus títulos de memoria y de conocerlos todos. Ya no puedo hacerlo, sus publicaciones superaron mi capacidad de estar al día.

## UN POCO DE HISTORIA

Importa hacer un poco de historia literaria sin poder agotarla. Él mismo me contó que su primera expresión fue la lírica —*Nueva canción de Eurídice y Orfeo*, que es de 1975— y que la puso en suspenso, porque a partir del año siguiente se dedicó a la prosa, con nada menos que *María Joaquina, en la vida y en la muerte* publicada en 1976. Cuánto ha regalado la enfermedad a la literatura, porque un Jorge atado a una cama fue el creador de esa novela señera que se incrustó en la entraña de la década iluminadora de «la nueva narrativa ecuatoriana», los setenta. Tengo más presente en mi imaginación a la estilización literaria de Marieta de Vintimilla que le debemos a Dávila en la figura de María Joaquina de Santis, antes que, al personaje real, en medio de la aportación a la poderosa vertiente de novela histórica de hoy («no, novela escrita con materiales de la historia», me corregiría), que es ese relato donde triunfa la proverbial hipocresía ecuatoriana y los excesos del poder. Cuando repaso las páginas de esta novela me pregunto cuántos años tendría el autor, —es cosa de sacar la cuenta—, pero eran pocos. Y reparo en ello al apreciar el manejo del idioma en esa narración envolvente, en ese ir y venir del acontecer y los recuerdos, del hilvanamiento de las asociaciones usando el nombre exacto de las cosas.

Si hay un género literario en el que Jorge Dávila se mueve como diría Vargas Llosa «como pez en el agua», es en el cuento. Su acendrada humildad lo ha llevado a confesar que deja «una obra modesta», aunque lo cierto es que es un maestro en el relato breve; desde *El círculo vicioso* y *Los tiempos del olvido*, ambos del año 1977, libros que ya ensamblan, algunas veces sin mediación de narradores, voces múltiples, suaves, casi apagadas, sugerentes de lo que se dice a media voz, de lo que se murmura o reprime. La relectura me hace apreciar que las familias pueden tener rostros sombríos cuando se las ausculta y penetra, cuando se las desmitifica como núcleo de amor y armonía, así como que la literatura montones de veces es un acto de sinceramiento.

*Este mundo es el camino* (1980) le supuso el premio Aurelio Espinoza Pólit por segunda vez. Creo que, desde entonces, los autores no pueden participar (por tanto, ganar) dos veces en ese prestigioso concurso. He releído golosamente este libro para pronunciar mis palabras de esta tarde<sup>1</sup> las cinco instancias interiores de la colección de veintidós cuentos se organizan, desde el título a lo largo de versos clave de las «Coplas a la muerte de su padre», de Jorge Manrique: versos que van marcando el fluido de la vida desde el nacimiento hasta la muerte, tal como hace el venerable poema del siglo XV. Presentado así, el libro parece orgánico, aunque sus cuentos

puedan haber sido independientes y escritos sin conexión entre sí (como sí lo son los cuentos de *Las criaturas de la noche*, posteriores). La relectura me refresca la memoria y me aviva la admiración: las habilidades narradoras de Jorge están todas presentes en este libro: la oralidad desatada, como en «Papito monstruo», esa retahíla infantil; la capacidad para recoger paisajes naturales —este rasgo salpica todo el libro con ríos, montañas, insectos, callejuelas urbanas—, una población variopinta donde dominan los hombres y las mujeres comunes, casi insignificantes, pero aprovechados para centrar en ellos facetas de honda humanidad. Muchachos que han perdido el amor, chiquillas que lo tientan, familias agitadas por algún secreto que se asoma al borde de las ventanas.

Hay un cuento excepcional que resalto, se llama «De importación directa», una historia barriobajera de cabareteras y poeta incluido, que con humor negro plasma las iniciativas por enseñar el arte de la seducción por parte de una visitante que arrastra pasado y misterio.

La voz del poeta hace un contrapunto constante con la realidad, pobre y deslucida que el lector percibe desde las primeras

---

Este texto fue leído al público el 20 de abril de 2022 en el auditorio de la Universidad del Azuay durante el evento de apertura del concurso de narrativa Jorge Dávila Vázquez convocado por la UDA.

líneas. Este es un cuento para reír y para llorar de solidaridad con las mujeres de la noche.

Otro rasgo al que Jorge se dedicará en el futuro también está en *Este mundo es el camino*: su brillante apropiación de los mitos clásicos. El acápite «¿Qué fue de tanta invención?» contiene ocho cuentos que provienen de Grecia y de la Biblia.

Pero el conjunto de cuentos que me dejó marcada, aquel con el que dicté mis mejores clases sobre el género y con el que mis alumnos lo conocieron como escritor es *Las criaturas de la noche* (1985). Insertado en una sugerente tradición religiosa —la de los pecados capitales y los pecados en general— parte de las historias de esa colección, sin salir de Cuenca, son universales, porque representan las pasiones básicas del ser humano, como la avaricia, la envidia, la pereza, la gula y demás, apunta a debilidades que todos conocemos en dimensiones regulares, pero que requieren de la hipérbole para concentrar el tamaño de la grandiosidad: por eso Jesusito Aldeán se duerme arrimado a las puertas y Galo Alcívar está demasiado engarrotado por la ira para permitirle el paso al amor. Ejemplifico así, con dos meras menciones, el gigantesco trabajo con personajes —crearlos y sostenerlos en una pasión para que sus prácticas resulten pecaminosas—. La pobre Pantagruela, la mujer enorme dominada por la gula, despierta compasión, y por esa vía se decanta la monstruosidad posible del pecado, simplemente porque el pecado revela la fisura profunda de la condición humana.



## ACERCA DE LOS ÁNGELES

Una de las facetas positivas de este repaso por la obra de Dávila Vázquez ha sido mirar mi biblioteca y constatar que tengo muchas primeras ediciones. Entre ellas me he recreado en el trabajo singular de la Imprenta Monsalve Moreno con el tomo *Acerca de los ángeles*, una verdadera joyita bibliográfica, en edición trilingüe con francés e inglés y prólogo de monseñor Luna Tobar. Ese grupo de textos muestra la finura espiritual del escritor, trabajando en el símbolo religioso de los ángeles de manera multifacética y poniendo la mirada en los seres más humildes y hasta marginales de la sociedad para encontrarle ribetes de bondad y generosidad incalculables. Jorge encuentra ángeles en torno de Santo Tomás de Aquino —autor, a fin de cuentas, de un tratado sobre los ángeles y creador, con su escritura, de «otra forma» de salmodiar o integrar, con el canto, el coro de los ángeles—, pero los encuentra encarnados en seres humanos, en personas provistas de los mejores sentimientos para acompañar y asistir (un mendigo, un tonto, una mujer gorda, una prostituta, un ladronzuelo) a seres desvalidos. Esa errancia que ilustra la expresión de Picasso «yo no busco, encuentro» confirma que el escritor está armado, como todo artista, de una mirada especial y única para quien son, de verdad, las cosas sobre la tierra.

En 2001 circuló *El libro de los sueños*, yo no sé si se ha vuelto a editar ese trabajo conjunto con el dibujante quiteño Celso Rojas porque en esa primera edición los cuentos de Jorge Dávila nos llegaron con material para los ojos: su imaginación creó un mundo fantástico completo —planetas, mares, fortalezas, criaturas a la usanza mitológica, un verdadero bestiario— no a la manera de Ursula K. Le Guin que hizo lo mismo en largas novelas, sino en veinte relatos bastante breves que van eslabonando posibilidades de vida: mujeres de belleza extraterrena, mascotas de configuración mixta, insectos dragones, la superficie misma de un planeta como material comestible. Viendo ese estallido imaginativo cabe preguntarse, cómo habrá sido convivir con Jorge mientras escribía ese libro... ¿acaso hablaba con los demás, tal vez se le habrían vuelto los ojos hacia adentro porque solo miraba su imaginación? Eulalia y sus hijos deben tener una respuesta, más que él mismo.

## **EL DRAMATURGO**

La faceta de dramaturgo también es importante. Supe que el teatro lo captó pronto en la juventud, porque fue actor y *Con gusto a muerte* es pieza temprana que se representó bastante en el Ecuador (recuerdo una con estudiantes de la Universidad Católica de Guayaquil, ya a mediados

de los setenta). Cuando ganó el Concurso Nacional de Teatro convocado por la Casa de la Cultura de Quito en 1990 con *Espejo roto*, César Dávila Andrade, el luminoso poeta, encontró otra forma de inmortalidad: el personaje que se mueve junto a sus padres, esposa y amigos dentro de esa obra es la voz atormentada y pura del poeta, es la sombra que cobra voz y recita sus propios versos, es la leve conciencia que ama tiernamente a su prima María Luisa Machado, la inolvidable María Augusta, de un poema.

Hace pocos años me envió un librito de buena apariencia que contiene *El barco ebrio* (2016), un drama casi lírico, para mostrar la relación Verlaine-Rimbaud, algunas de sus disquisiciones más intensas y el tema de la muerte. La estrenaron en Nueva York, creo que tuvo una representación en Cuenca, pero Guayaquil la desconoce. En este país, con tan poco teatro, estamos acostumbrados a leer y no a asistir al milagro que ocurre sobre los escenarios.

## **EL ENSAYISTA**

Ya pronuncié el nombre de César Dávila Andrade, es hora de agradecerle a Jorge su dedicación al estudio de la obra del poeta, su tío. Yo me nutrí de los estudios previos a los dos tomos de Obras Completas

que publicó el Banco Central —en los tiempos en que esa institución publicaba libros y tenía una intensa vida cultural—, luego vino *César Dávila Andrade, combate poético y suicidio* (1998), uno de los estudios más completos con los que hay que contar a la hora de historiar y evaluar una de las voces poéticas más trascendentes del Ecuador. En esta vía de escritura —la prosa ensayística, analítica y articulista— Jorge ha llenado infinidad de páginas que sería muy difícil ordenar y recoger. Debe ser imposible identificar algún día de su vida en que él no haya escrito.

## **EL ESCRITOR DE LITERATURA INFANTIL**

Hay una dimensión de su obra que conozco poco y es la de autor infantojuvenil. Identifico bien al narrador que construye personajes niños, que introduce visión infantil, llena de ingenuidad y ligereza, dentro de cuentos para adultos. ¿Habrá pensado en ellos cuando explotó la vía del microrrelato? Me digo que no porque algunas piezas del *Arte de la brevedad* son perlas de ingenio superior, que brotan de referentes de venerable tradición. ¿O acaso en esa labor de picapedrero cuando encontró la veta mitológicofantástica que le ha permitido un fértil paseo por las leyendas de culturas antiguas?

Lo cierto es que para escribir para los niños hay un arte especial. No se trata de escribir con diminutivos y de achicar las cosas. Se

trata de mirar la vida como niños, de recordar al niño que se fue o estar familiarizado con infantes cercanos para saborear sus fijaciones. Allí están sus nietos, esos con los que ha vuelto a recorrer paisajes de suavidad y encantamiento. En esa lista figuran *Pipiripao*, *La diminuta voz*, piezas de *Historias para volar*, *Entrañables*, *Diccionario infantil*. Le debo esa visión al escritor.

## EL POETA

De *Nueva canción de Eurídice y Orfeo* recuerdo poco. Debo de tener un ejemplar fotocopiado. Tal vez cuando se publicó ese poemario, en 1975, yo no te conocía. Tu dedicación a la narrativa postergó o simplemente, no dio a la luz la poesía que hoy parece tan natural, tan apta para las emociones y sentimientos de que te sabemos capaz. He ido consumiendo lo que ponías en Facebook, esos frutos de una serenidad pasmosa, de una delgadez y sutileza que parecen material también para el vuelo, el vuelo del sonido corto y armonioso, el vuelo impulsado por imágenes de honda espiritualidad. No sé si siempre tuviste una profunda religiosidad, pero hoy la vuelcas en poemas devotos, de transparencia cristiana, de familiaridad con los hombres y las mujeres en fresco amor y comprensión de la naturalidad de vivir.

Dando vueltas por la red, encontré un poema que me tocó más que cualquier otro, por eso lo traigo a esta cita. No creo que haya lector de poesía que permanezca impermeable a la vibración a piel de verso que transmite. Se llama:

## **ENIGMA DE LA MÚSICA**

### **¿Qué es la música?**

Dios que desciende hasta Bach  
y lo contempla  
en el perfecto canto de su gloria.

La inagotable fuente mozartiana  
que brota  
por los siglos de los siglos.

La divina sordera de Beethoven  
escuchando el rumor  
de las estrellas.

Tersas melancolías de Franz Schubert:  
ascuas  
en la penumbra de la tarde.

Un fuego de artificio interminable  
incendiando los sueños  
de Rossini.

El viento de locura que un mal día  
sopló sobre Berlioz o Donizetti  
y arrebató la cordura a Robert Schuman.

Una pasión de mujer que canta Verdi  
al borde  
del abismo de la muerte.

Richard Wagner que corta,  
lentamente,  
el hilo de la vida de sus héroes.

El corazón de los enamorados  
vibrando de alegría  
entre las sombras.

La voz inconfundible de la madre  
que aún entona la canción más triste  
tantos años después de su partida.

Del libro inédito  
*El corazón de la música*, 2004.

Supé que el año pasado, octubre de 2021, publicaste *Misa del cuerpo*. No conozco el libro. No dudo que yo, pese a mi arreligiosidad, sintonizaré con él, como con toda tu obra.

Este repaso todavía no ha mencionado la enorme labor de Jorge como trabajador de la cultura: sus acciones en el Banco Central, en la Presidencia de la Casa de la Cultura Núcleo del Azuay, en los Encuentros de Literatura Alfonso Carrasco Vintimilla, en la Lira de Cuenca bastan para imaginar el tiempo, las ideas y las iniciativas dedicadas a imperecederas acciones de incalculables consecuencias. ¿Acaso es justo ya preguntarse qué sería de la literatura y de la vida cultural cuencana de los últimos 50 años sin la presencia de Jorge Dávila Vázquez?

¿Tienen valor los premios literarios como signos presentadores de una personalidad y de una obra? Si respondemos que sí, aquí tenemos a un escritor que los ha obtenido todos, que ha ido tachonando de reconocimientos su vida y que no por eso ha perdido la humildad, la sensatez y la generosidad con que recibe a todos, con que está abierto a contactos y entrevistas, con que afronta los malos ratos, los golpes a la salud y las inquinas de algunos envidiosos.



Por todo esto, eres volcán ignívoro, Jorge, lo sigues siendo.  
No te imagino sin escribir. El aliento de tu expresión estará vivo  
mientras respires, para bien de todos nosotros.

**Cecilia Ansaldo Briones**  
**Cuenca, miércoles 20 de abril de 2022**



# Prólogo

## Jorge Dávila Vázquez y sus cien cuentos

Redondear esta cifra en materia de microcuentos o expresiones de la más breve de las escrituras narrativas es como acercarse, simbólicamente, a la perfección. El diez y sus múltiplos ya vienen cargados de sentido, aspiran a dar una visión completa de la vida. Así, estos chispazos de creatividad o núcleos atrapantes de vida desgranar todo cuanto ronda por la imaginación de su autor. Basta ponerlos luego de más de cincuenta años de escritura para constatar que sobrevuelan los lomos de todos los libros anteriores de Dávila ratificando temas, rasgos y obsesiones.

La música es una de ellas. De allí el arranque de la colección con ese relato afilegado del niño Bach oyéndose llamar *Meister* y doblando la cerviz frente a su destino. O los ángeles, que siguen batiendo alas desde la bondad que parece insignificante y la ingenuidad más exquisita. Muchos de los cuentecillos muestran la levedad que le es propia al género y se logran con la más exacta economía: una línea, una pre-

gunta con su respuesta. Exigentes eso sí, de lectura lúcida y descifradora porque el escaso peso narrativo no es leve en dimensión significativa: «Linda noche», por ejemplo, se desarrolla en cinco líneas, pero el diálogo entre dos criaturas nocturnas abre un rastro de sangre.

«Batallas de renglón» desafía, precisamente, con el llamado lúdico al desciframiento, con el juego centrado en la palabra-concepto ‘cuento’ que lleva a preguntarse qué lo es, qué requiere la sintaxis para identificar a un texto como tal. Ya alguien lo dijo: cuando hay actitud narrativa se empuja —con el poder de la sugerencia— una historia. Esto ocurre en las más apretadas anécdotas de Dávila. Y si los cuentos teóricamente están próximos a los poemas, muchas veces con rostro de epigramas y de haikus ingresa un cuento más a esta centuria milagrosa: apréciese esta idea en «Gota»: «Lo sé, es mi destino: destello un instante. Luego, desaparezo».

Un rasgo notable de la colección es la potencialidad descriptiva sin entrar casi en descripciones. En el cuento titulado «Una belleza», un monólogo con dos preguntas genera respuestas y sugiere contexto: el retrato de la bienamada, su vida y su pérdida. Así también hay ríos, pasajes urbanos y rurales, bestias mágicas. La capacidad sugerente de los sueños está muy aprovechada con una cadena precisa de relatos de título propio, en los cuales los seres contrastan realidad y elaboración onírica, a veces, para la desilusión y la pobreza.

El escritor se vale de otros escritores y su obra. El anciano sacerdote que luce moribundo persigue unas palabras que se le escapan a su ya pesada memoria. «Rosa, vana estrella de...» y el lector debe completar los versos de Juan Bautista de Aguirre en su *Carta a Lizardo*: «...carmín, fragante pompa». Igualmente bello es el homenaje a Dolores Veintimilla de Galindo en el cuento «Quejas», donde una adolescente transcribe los apasionados versos frente al disgusto de una abuela. No se queda atrás la escena costeña en la que un núbil Medardo Ángel Silva persigue líneas del poema «Se va con algo mío» y su madre lo interrumpe con el llamado a desayunar.

Hay escenas de crimen, hay ancianos solitarios y amantes celosos, pero más que nada, fantasmas, buenos, añorantes de la vida y las personas, que regresan insistentes a diferentes escenarios, implícito tributo a la vida, como si la muerte fuese una cosa triste; todo contado con gracia y sin estridencias, como si las historias estuvieran buscando el solaz, no el susto; la añoranza y no la amargura.

Jorge Dávila Vázquez nos sorprende con el cierre de estos cien cuentos porque introduce una pluma ajena. El cuento final es de Daniel Zamora Dávila, su nieto, que, en un trasunto de fusión mágica, amalgama sensaciones de deslumbramiento —música, visión, recuerdo— para sugerir apocalipsis.

Inagotable la imaginación del autor cuencano. Refinado su estilo siempre emergiendo de un vértice y siempre transformándose. Lástima que los microcuentos se queden poco tiempo en la memoria del lector porque en el instante que ingresan a nuestra mente, son puñaladas de luz.

**Cecilia Ansaldo Briones**

**DÍAS DE LA VIDA**





## Bach

—¿Y por qué has llorado al amanecer?

—Soñé que estaba solo en el mundo.

—¿Y tu padre?

—Se había ido para siempre.

—¿Y yo?

—También.

Y empezó a llorar nuevamente.

—¡Basta, Johan Sebastian! ¡Basta! ¡Nunca voy a dejarte!

—Vas a dejarme, madre, muy pronto y papá también...

Ella lo abrazó tiernamente. Logró calmarlo y miró con ternura su desolación de pequeño hombrecito de apenas ocho años.

—Sabes, en medio de ese desierto, alguien dijo que sería compositor —tartamudeaba—. Se dirigió a mí con la palabra *Meister*.

—No hay nada de extraño —comentó la madre—, en tu familia abundan los músicos y los compositores...

—Sí, pero la voz dijo: ¡el mayor de los compositores de todos los tiempos, maestro!

Ella lo miró estupefacta, como ante una revelación. Lo atrajo con lentitud y le besó en la frente.

—No se lo repitas a nadie. Ni siquiera a tu padre. Va a parecer un pecado de soberbia.

El niño la miró sin entenderla.

—Ahora, vete a tu habitación, haz una plegaria al Señor, pidiéndole que te perdone por ese orgullo pecaminoso y lee un poco de ese pequeño libro que te ha dado tu padre para que conozcas las Escrituras. Busca el tema de la humildad.

Él la miró con cierto asombro. Se acercó, como buscando que lo estrechara y ella lo hizo un breve momento más, tierna, silenciosamente, y lo vio salir triste y cabizbajo hacia su destino.

## Estreno

El viejo tío llevaba casi todos los días una maletita de pan a Monay pensando, sobre todo, en su hermana, la Mamita.

A veces nos robábamos uno que otro pancito de agua de la Nicolsa, pero la presencia del látigo de tiras de cuero entretejidas que colgaba en un pilar de los que daban al patio nos frenaba.

Mamita no contaba los panes ni los higos en miel de panela, ni los duraznos en almíbar, ni los cortaditos de membrillo, pero sabía del pillaje casi diario.

—¡No abusen, no abusen, que en una de estas voy a estrenar ese látigo que me ha traído mi sobrino como recuerdo de una hacienda de la Costa en donde trabajaba!

Y la sola vista del castigador nos cortaba el espíritu goloso.

Pero las tentaciones son fuertes, y un día el ágil Rodrigo fue sacando, sacando panecillos de una hermosa compotera de cerámica vidriada con tapa, ornada de pajaritos y flores por el maestro Pompilio Orellana, de Chordeleg, que habían puesto en el lugar más alto del armario empotrado para guardar el pan y evitar hurtos.

Estábamos en un llanito frente a la casa mirando los potreros, las vacas y los quehaceres del Pacho y el Darío a lo lejos.

Lentamente, sin darnos cuenta, nos acabamos el pan. Todavía pienso en la mano de Rodrigo tanteando en busca de la agotada golosina.

Gustosa, María llevó el látigo, como una pieza ceremonial, obedeciendo las órdenes indignadas de la anciana tía, que poco a poco se iba calmando.

—¡Ahora sí, niña Mamita, es hora de castigar a los tragones!

Las señoras de la casa habían pedido un pan para el café de la tarde, y no quedaba uno solo.

Con una mezcla de pena y de indignación Mamita estrenó el chicote flagelando ligeramente a esos chicos a los que quería como a los nietos que nunca tuvo, ante la satisfacción de María y la angustia silenciosa de mamá.

# 3.

## Lluvia

Quería salir, buscar un encargo de mi hermana Regina, tomarme un té por ahí, ver si encuentro ese libro que me mostraron ayer en alguna parte, pero esta lluvia que no cesa más que por minutos me ha impedido realizar mis planes. Claro que Santiago diría que soy demasiado exigente, hasta con el clima.

—Ni siquiera es una lluvia muy fuerte. Si querías salir, podías haberlo hecho, te mojabas un poco y ya. Pero tú eres del tipo de personas que piensa que todo, hasta los fenómenos naturales, tienen que estar a su servicio y ser de su agrado.

—Por Dios, Santiago, tienes que criticar mis mínimos movimientos.

—Nada de eso, pero si no es como yo digo, anda, sal, ve a hacer tus diligencias, como decían antes, y si te mojas un poco, no pasa nada.

—¿Cómo que nada? ¿Y si me resfrío, y si se me hace una congestión pulmonar? ¿Quién vendrá a cuidarme y acompañarme? Tú no, con seguridad, Santiago.

Prefiero seguir renegando de la lluvia y hasta maldiciéndola.  
¡Si ya ha engrosado terriblemente, ya todo es frío y humedad! ¡El en-  
cargado de Regina, el té y el libro, todo tiene que esperar! ¡Con esta lluvia  
no salgo ni muerto!

# 4.

## **Papá llegando, por vez primera, a la playa en la noche**

—¿Y esta llanura inmensa? Y esas luces, ¿por qué tiemblan?  
¿Y todo rodeado de agua, parece? Será de esperar a la mañana para ver  
cómo mismo es esta planicie y sus alrededores.

# 5.

## ¡Fuera!

Yo cantaba el solo de esa canción a la madre que hablaba de ella como «santuario divino, donde el alma se incendia de amor». Y solo aspiraba a que el día señalado, ella, «el astro que alumbra el camino», estuviera entre el público para que me escuchara.

¡Lástima que el señor Mosquera, el profesor de música, me dijo en altas y claras voces que me había equivocado en una nota, varias veces, y me echó del coro! Quise justificarme inútilmente, pero no había nada que hacer. No pude quedarme ni siquiera como parte del grupo. Su «¡fuera!» resuena en mis oídos más de medio siglo después de haberlo gritado tan furiosamente, como permanece el gesto de mamá, el Día de la Madre, ¡buscándome, buscándome en el coro, mirando a los chicos, uno por uno —menos mal que nunca le hablé de ser el solista—, buscándome, inútilmente!



SUEÑOS



## Lucy

Hablaban siempre de lo mismo. Era una especie de competencia. ¿Quién los tenía más hermosos?, ¿más terribles?, ¿más reales?, ¿más largos?, ¿más breves? Decidieron catalogarlos. Empezó Alfredo. Dijo que nadie tenía sueños tan bellos como los suyos, por ejemplo, ¿se acordaban de aquella chica, Lucy, que lo dejó en la juventud por un hombre ricacho y tonto, y fue tan infeliz? Cada noche volvía en su sueño a pedirle perdón y él la mataba con la indiferencia. Las risas atronaron en el pequeño café hasta que el propietario, tan seco y tan amargo siempre, dijo sentencioso:

—¿Si sabes que Lucy murió del corazón hace como dos años?  
Y se acabaron las risas definitivamente.

# 7.

## Una fruta extraña

—¿Qué es? —pregunto siempre.

Y nadie me responde. Pero aparece, invariablemente, en el sueño. Me recuerda una que nunca como porque dicen que causa problemas de estómago. Ninguna persona sabe cómo se llama, mas, yo sí, aunque no lo recuerdo. Una vez tenía el nombre en la punta de la lengua y cuando lo iba a decir, desperté.

## Gordita

—¿No sabes quién es? —soltó tremenda carcajada.

—Este... la, la, cómo es, la...

—¿No reconoces a tu propia madre, tonto?

—¡Mamá! —grito, me despierto y la despierto a ella, tan delgada, tan graciosa y frágil. Imposible que sea la gordita del sueño.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, un sueño tonto.

Ella sonrío, toca mi cara con amor, se va. Vuelvo a dormirme y ahí está la gordita.

—Mamá —susurro.

—¿Yo? —dice ella, la mujercita gruesa—. Estás loco.

Y quedo en la orfandad total.

# 9.

## Un mundo agresivo

—Todos hemos sacado mal en el examen por tu culpa —dice el que parece el líder de los estudiantes.

—¿Mía?

—¡Claro, desgraciado, claro! —Se alzan voces.

Los miro, no conozco a ninguno.

—¿Y qué hice yo para ser culpable?

—Sabías la respuesta y no nos la dijiste.

—¿Yo?

Pero ya siento el primer golpe de uno de esos desconocidos, mis compañeros. Me despierto cuando todos se lanzan contra mí.

Quiero empatar el sueño con algún momento de la realidad. Nebulosamente pienso en mis compañeros. ¿Eran capaces de lanzarse en masa contra alguien? No, no...

—¿Cómo que no? ¡Y te vamos a dar una golpiza, carajo!

Me despierto por completo, lleno de dolores en la cara y el cuerpo.

—Anoche llegaste tarde —dice mi tía Mariana— y veo que has participado en una de esas refriegas callejeras. Tienes la cara hecha un asco y me imagino que el cuerpo igual. Levántate, levántate y báñate.

¿Anoche, muy tarde? No, nada de nada, y ninguna refriega. Voy al baño, me miro en el espejo. Realmente estoy lleno de golpes y moretones.

Voy a tener miedo de dormir, Dios mío, porque me puede pasar cualquier cosa terrible. Y nada, ni el chorro de agua cayendo en mi cara y en mi cuerpo me consuela.

# 10.

## Hermosa visión

—Hola —saludo.

—Hola —dice ella y sigue caminando un poco adelante.

—¿Qué sigues? —No se detiene.

—Físico-matemático. —Se detiene y se vuelve. Es hermosa.

No recuerdo haberla visto nunca antes—. ¿Y tú?

—Humanidades. ¿Todos los años has estado aquí, en el colegio? Porque no te recuerdo.

—Sí, todo el tiempo. Pero los chicos, hasta los quince o dieciséis, no tienen ojos para nadie que no sea su ídolo del básquet o del fútbol. —Y nos reímos los dos, tan fuerte que me despierto y sé que ya nunca volveré a soñar con la muchacha linda que seguía esa especialidad que yo odiaba.



## Impossible dream

Al despertar, siempre tienes la misma sensación: estabas en un sitio agradable, en buena compañía, sentado a la mesa; veías la comida, era toda del tipo que puedes comer sin traicionar la dieta impuesta por colesterol, el ácido úrico, el estómago, las venas, los triglicéridos, todo ese mundo desconocido que gira en el orbe reducido de tu viejo cuerpo... Una voz femenina dice cordialmente:

—¡Sírvanse!

Y justo cuando vas a probar el primer bocado, cae algo, quizás un tenedor, un cuchillo, una copa que se triza, y abres los ojos a la gris realidad mañanera.

Evocas el bello sueño que con ligeras variantes se repite, día a día, intentas volver a dormirte para recuperarlo, para probar alguna delicia, pero es inútil...

—¡Hora de levantarse! —suena, cantarina, la voz de la enfermera que te cuida.



**VARIACIONES  
SOBRE  
LA MUERTE**



## La tía Aline

Una vez más, como cada que estaba en París, visitaba esa tarde el Louvre, quedándome largamente en el área de pintura francesa. Allí estaban algunas de mis obras favoritas y no dudaba en sentarme a admirarlas largamente. Mi preferida era *La consagración de Napoleón* de Jacques Louis David, pero ese día, estaba fascinado con *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix. Un viejo profesor hablaba con un grupo, de los símbolos en el gran cuadro, como la bandera tricolor ondeando en Notre Dame, al fondo de la composición.

—¡Mucho blablá! —dijo una mujer mayor, alta, delgada y pálida, a otra—. Te veo luego. —Se levantó y se fue.

Me fijé en la dama que seguía en su sitio y caminé hacia ella.

—¡Tía Aline!

—¿Cómo estás Alberto?

Saludamos con afecto, casi en silencio, pero pudimos conversar más y mejor mientras caminábamos por los pasillos del Museo. Hablamos de los amigos, de la sorpresa de verla, de todo un poco.

—Siempre he querido hacer esta visita —dijo— y ya ves, mi deseo se ha concretado ahora.

Luego de una hora de conversación, apareció la mujer mayor y dijo algo como «ya es la hora». Y nos despedimos. Aline estaba un poco triste; era como si no quisiera irse, dudó un instante y luego siguió resignadamente a su compañera. Nos dimos un gran abrazo y un beso. Me quedé extrañamente gris y decidí volver a mis contemplaciones.

Al día siguiente hablé con mi hermana Lucía. Iba a contarle el encuentro de la víspera, pero ella se adelantó y me dijo:

—Una mala noticia: hace tres días murió la tía Aline.

—¿Qué? —dije, sin poder dominar la sorpresa.

Mi hermana siguió que claro, que no era nuestra tía sino de nuestros amigos Ruiz, pero todos en el grupo la tratábamos de tía.

—Claro, claro. Me ha dolido mucho.

—Como a todos —dijo ella.

—¿Tres días ya?

—Ajá... tres días.

¿Y entonces, con quién me había encontrado en el Louvre? ¿O lo había soñado? Pero en el bolsillo de mi chaqueta seguía el tiquete con fecha de ayer.

Me despedí de Lucía.

Trataba de entender el misterio, pero no era posible. Solo deduje que la mujer mayor que se la llevó era la muerte.

## Unas fotos

Pasados algunos días de la muerte de Aline, recordé que nos tomamos unas fotos en el Louvre. Le pregunté si quería fotografiarse con la Gioconda. Se rio.

Yo insistí.

—En esa sala está la obra más grande y bella del Louvre, *Las bodas de Caná* del Veronese.

—¿En serio que te parece la más bella?

—Sí, sin duda. Es algo fuera de serie. Allí le pediremos a alguien que nos tome unas fotos, frente al cuadro monumental.

—Veo que te gustan las obras de gran tamaño.

—Así es —dije recordando a David y Delacroix.

Un hombre que paseaba ante los cuadros sin fijarse demasiado en ellos nos hizo varias fotos. Se lo agradecemos.

—Sabes —comentó Aline— uno necesitaría días para descifrar todo lo que hay en ese cuadro hermosísimo. Tienes razón es el más bello de todos.

Busqué la cámara y la llevé a un taller de fotografía para que me revelasen las imágenes. Esperaba la salida de las fotos con la misma ilusión con que un niño espera las de su cumpleaños.

Las miré una por una. Eran extrañas. Aparecía sonriendo y con el brazo extendido al aire, con la cara vuelta hacia una especie de vaga nube, en diálogo con nadie.

Me sentí verdaderamente deprimido, no sé si porque pensaba respaldar mi historia ante mi familia con esas fotografías o porque la sensación de la muerte como una realidad, me era más cercana y próxima que nunca.



## La extraña

Esa última mañana en la clínica, estaba muy contento. Era como haber cumplido una condena; luego de unos días muy penosos, el intensivista me anunció que me darían el alta.

Llamé a una enfermera para que me ayudara con algo.

No vino ninguna de las que me habían atendido esos días, sino una mujer vestida de modo diferente a las otras, con tonos verdes.

Secamente me preguntó qué necesitaba y yo medio aturdido dije cualquier cosa. Me miró de mala manera y se fue.

Cuando, con mi esposa, arreglábamos las cosas para abandonar la habitación y esperábamos al chico de la silla de ruedas, llegó nuevamente. De pie, junto a una ventana, mirando la nada, no dijo palabra.

En el momento de salir me despedí, pero me miró en silencio, yo diría que con cierta tristeza oscura, con despecho, y no repuso nada.

Ya en casa, le dije mi mujer si no le había parecido extraña esa enfermera.

—Un poco descomedida —comentó.

—Mejor —dije—, mejor... Era la muerte.

Y ella me miró casi aterrada.

## La presencia

De pie, en la puerta, Encarna dijo con tono lúgubre:

—La señorita Isabel vino en mala compañía esta tarde.

—¿Ya empezamos con la historia de las malas energías y otras majaderías? —ironizó mamá, que no simpatizaba mucho con esa empleada, a quien la gente joven de la casa quería mucho.

—No —dijo suavemente nuestra amiga y compañera, y en seguida, con una voz de presentimiento:

—Digo lo que percibo y lo que veo. ¡Era la muerte!

Todas nos estremecemos. Mamá movió la cabeza con impotencia.

Al otro día, cuando supimos del súbito fallecimiento de Inés, la hermana menor de Isabel, tan joven, tan sana, miramos a mamá, que se sintió acorralada.

—¡Amargas coincidencias! —balbuceó con cierta impotencia.

Encarna no dijo una sola palabra delante de ella, pero luego, cuando estábamos solas, afirmó rotundamente:

—La sentí con esa oscura compañía, no era su culpa. ¡Pobre!

Asentimos con impotencia. Y ella nos preparó una infusión de yerbas para los nervios, que todas necesitábamos, incluso mamá, que tomó la suya sin decir palabra.

## Cartas

Aprendió a adivinar el futuro mirando cómo lo hacían unas muchachas hermosas y medio locas en las vacaciones en la quinta de un pariente.

El problema es que, cada vez que echaba los naipes por pedido de alguien, en su rito adivinatorio aparecía la muerte y la catástrofe ocurría en poco tiempo con personas de la familia del peticionario o con él mismo. Por eso su madre le pidió que no volviera a hacerlo nunca.

—¡Leer cartas, nunca más, Fede! ¡Por favor!

Lo cumplió.

Incineraba viejos papeles y apareció la baraja española con la que había realizado sus adivinaciones. La fue lanzando al fuego lentamente, pero vio estremecido que la dama y el dos de espadas, símbolos de la muerte, no se consumieron con las otras cartas y sintió que era un anuncio de su propio fin, que llegaría pronto.

# 17.

## Casi un ángel

Había sospechas muy fundadas de que el tío Roberto era un ángel.

Viejecito bonachón que nunca se quejaba de nada y que tenía una sonrisa para todos, incluso para los que eran ásperos y hasta groseros con él, como mi tía Hortensia, que decía despectivamente:

—¡Qué ángel ni qué ocho cuartos, lo que es, simplemente, es un bobo! Porque preciso es reconocer que no gozaba de simpatía universal.

Cuando enfermó de muerte, si bien algunos iban a mirarlo enternecidos, a escuchar alguna palabra buena y a tocar sus manos descarnadas y frías, no faltaban los que decían que todo era fingimiento. Y a ellos fue que se debió el descubrimiento final.

Llegaron los carnavales y Roberto seguía postrado en su lecho. El domingo desapareció.

Los malpensados decían que seguro estaría en el estanque, viendo a las muchachas del pueblo, que según antigua costumbre se bañaban ese día, semidesnudas, apartadas de toda mirada masculina, por tradición.

Buscaron a Roberto por todo el pueblo sin encontrarlo.

Los parientes de buena fe decían: «pero si ha estado más de un mes postrado, ¿de dónde sacó fuerzas para irse de la casa?».

Y los malpensantes lo rastrearon en las cercanías del estanque.

Lo hallaron frío, totalmente rígido, con una sonrisa feliz en el viejo y arrugado rostro, como quien ha tenido una visión del otro mundo antes de partir.





**FANTASMAS**



## La anciana

Varios años después de la muerte de la señora Paulina, los chicos de la vecindad, que seguían metiéndose a su huerto abandonado para robar unos higos, que de tan maduros se caían y se llenaban de mosquitos; algunas limas, uno que otro durazno. Decían que la vieja dama continuaba recostada en su hamaca, leyendo, imperturbable, las amarillentas revistas de chismes, como cuando estaba viva, y ellos procuraban hacer el menor ruido posible en sus rapiñas para no distraerla.

# 19.

## El obispo

—¿Quién es? —preguntó en voz baja la muchacha, aterrada, al nuevo mayordomo del palacio episcopal.

—Es el obispo Robles —dijo él, tranquilamente.

—Pero monseñor murió hace tiempo.

—¿Y eso qué? Perdió una esposa y viene a buscarla todos los viernes.

—¡Ay, qué miedo!

—Como era en vida, es ahora, inofensivo.

—¿Una esposa?

—Así le llaman al anillo que es símbolo de su dignidad en la iglesia. Este, como era vanidoso, le mandó a poner una amatista. Dicen que el antiguo mayordomo le robó y le mandó hacer un colgante con la piedra morada para una fulana con la que andaba. Shhhhhhh. Ya se va sin hallar nada. Todos los viernes es igual.

—Dame algo, estoy temblando.

—No tengo una esposa. Y se rieron bajito, abrazados en la semioscuridad fantasmal.

## Lectora

La dama se disculpó.

—Los viejos nos aferramos a ciertas cosas, a determinados lugares. Mi nombre es Leonor. Hace tiempo que vendimos el apartamento, pero a veces, como está desocupado, vuelvo un rato para leer en mi sitio favorito. —Se levantó, saludó con una leve reverencia y desapareció.

Los interesados en la propiedad dijeron que les gustaba el sitio, solo hicieron notar al agente de bienes raíces que habían encontrado allí a una señora. Él se sorprendió.

—Leonor, dijo que se llamaba, acotó una de ellos. —El hombre se desmoralizó, pero dijo que le pediría la llave, que no se preocuparan y que todo estaría en orden.

—¿Vas a ir a pedirle al cementerio? —preguntó su mujer, nerviosa, pero en tono burlón.

# 21.

## Una princesa

El príncipe pasaba a veces por el estudio del señor Clement para ver cómo iban los diseños del jardín. Un día observó una barandilla y un templete al borde del talud.

—Me parece bien, pero esto no estaba antes, ¿de dónde lo sacaste?

—Me lo sugirió la princesa.

—¿Qué princesa?

—*Mademoiselle* Nathalie.

El príncipe se estremeció.

—Pasa siempre por acá para ver cómo van los diseños y me sugirió un bosquecillo directamente en el barranco, la balaustrada al borde y el templete. Que le dijera que el señor Du Champs tiene una estatua suya que iría bien en la construcción —dijo el arquitecto.

—Iré a verle —dijo el príncipe con voz de autómata—. Sigue, sigue, todo está bien.

Una vez afuera, pensó con intensidad en su hermana muerta años atrás al caer en ese sitio al que ahora quería embellecer.

—Nathalie, Nathalie. —Suspiró con tristeza—. Tendrás tu templete. Y perdóname, no pensé que hubieras estado aquí.

# 22.

## Juegos

Elia era una niña sola en un mundo de gente mayor.

Todos sus caprichos le eran consentidos, menos aquel que pedía a gritos de tiempo en tiempo:

—Quiero alguien con quien jugar.

Una noche, cansada de las monótonas conversaciones de los viejos, se despidió. Iba a dormir, dijo, pero en el piso alto se encontró con un muchacho desconocido, pálido, un tanto espectral, en el momento en que iba a entrar en su habitación. Pensó en algún pariente lejano, llegado cuando ella estaba donde la vecina Carlota. Preguntó quién era.

—Me llamo... o me llamaba Julián. ¿Podemos hablar?

Que claro, dijo ella y abrió la puerta de su habitación.

—¡Siéntate! —Invitó. —Que no, que no, que así estaba bien —dijo muy suavemente. Y cuando Elia se preparaba para preguntarle si era algún pariente, él le preguntó:

—¿Eres asustadiza? ¿Gritas cuando ves algo que no es, digamos, normal?



Que no, le dijo Elia y que, si quería contarle un cuento de miedo, lo hiciera.

—No, no hay cuento de miedo... Solo quiero decirte que soy un fantasma.

Ella se estremeció y trató de tranquilizarse.

—Te he oído decir que quieres alguien con quien jugar...

—Sí, pero...

—Juegos de mesa, cartas, damas, hasta un poco de ajedrez.

Ella aceptó y jugaron en silencio por un par de horas. Luego, Julián dijo que era su hora de irse.

—Volveré otra noche, si lo deseas.

Que claro, dijo ella.

—Solo tengo un problema.

—¿Cuál?

—Me estoy desvaneciendo y en poco tiempo habré desaparecido.

Ella lo miró con una mezcla de asombro y pena. Su nuevo amigo, el único que podía acompañarla, se iría pronto.

—¡Es una pena! —susurró.

—Para mí, no tanto. Yo sabía que era un estado transitorio. —suspiró Julián.

Fueron unas pocas noches compartidas. La familia estaba algo asombrada de no escuchar su queja continua. Y ella, casi diríase que contenta. Veía que Julián era, cada vez más, una sombra, siempre gentil, siempre lleno de cordialidad y sin quejarse jamás cuando perdía en el juego. Hasta

que una noche le dijo que la iba a extrañar, pero que era la última vez que se verían.

Al otro día y a los siguientes, ella lloró en silencio. Había perdido a su único amigo, para siempre.

## El abuelo

Anita jugaba con las chicas de la hacienda. De pronto escuchó galope de caballos. Un hombre anciano que montaba un hermoso alazán le dijo que era su abuelo. Ella no tuvo tiempo de pensar en que no tenía un abuelo vivo. Se fijó en el viejo señor, con su poncho de Castilla a rayas blancas y azules y su sombrero de fieltro negro.

—¡Dile a tu abuela, de mi parte, que necesito un par de misas! Ordenó. Cuídate. ¡Adiós! —Y se alejó en su veloz caballo.

La familia escuchó su mensaje con asombro.

—¡Papacito! Dijeron las tíwwwas y le explicaron que había muerto antes de que ella naciera.

No lo comprendió hasta muchos años después, al mirar una vieja foto.

—¡Era él! —dijo con seguridad.

—Murió antes de que nacieras —cortó Rosa de Alejandría, una de las tías, evitando así todo comentario o recuerdo.

# 24.

## El guía

Se terminaba la visita. Todos querían agradecer al guía porque mostraba sus conocimientos sobre el castillo, admirablemente. Se notaba que había vivido largo tiempo en la magnífica edificación.

Una señora del grupo, al tiempo que le agradecía, le preguntó si había fantasmas en el castillo, que, en ciertos lugares era bastante tétrico, perdone usted.

—¿Fantasmas? —dijo el viejo guía—. No. Nunca los he visto y llevo viviendo ya ochocientos años aquí.

—Perdone, ¿cuántos años dijo?

—Ochocientos, más o menos. —Hizo una reverencia a todos, y desapareció, ante el asombro general.

## Bellie

El anciano fantasma suspiró escalofriando las sombras.

—Incluso para un espectro es mala la soledad. La miro en la noche gimiendo en caserones vacíos, desolada y triste, y me apena.

Los más jóvenes se encogieron de hombros.

No era su culpa. En esa vida espectral, había momentos de penar, oscuros, amargos; mas también de una especie de solaz, de juego, de una suerte de risueña alegría, pero después de habérselos llevado a Europa, Bellie volvió con la idea fija de las reinas decapitadas y solo quería representar a Ana Bolena y a María Antonieta.

—Mira, si ya ni usa la cabeza para nada —se quejó uno de ellos.

—Por eso se ha apartado tanto de nuestro grupo...

—Y se ha ido quedando, poco a poco, sola.

—¡Pobre! Suspiró hondamente el viejo fantasma y los árboles del jardín en donde conversaban se estremecieron extrañamente asustando a unos niños que contaban cuentos de miedo a su nocturna sombra.



**LITERARIOS**





## Vana estrella...

Se despertó con la primera luz del día. Miró con una leve sonrisa el pequeño jarrón en el que sor Angelina, la monja que arreglaba su cuarto, ponía siempre una flor. «La rosa de ayer ha muerto», pensó y cayó en una especie de somnolencia. Debía levantarse, ir a la capilla, celebrar la misa... La monja le miraba con intensidad.

—¡Buenos días, padre!

Quiso sonreírle, pero sintió que solo conseguía una mueca.

Sus ojos volvieron a la rosa marchita... «vana estrella» había escrito alguna vez, pero no lograba recordar ni la frase anterior ni la que seguía. Se sumió en una oscuridad que contrastaba con el naciente día de verano y con la flor recién renovada, que le parecía «ya muerta sin motivo». Sonaban voces, puertas que se abrían y cerraban.

—¡Corra! ¡Dígale que el padre Aguirre está...!

«¿Qué? ¿Que estoy qué...?»

«¡Juan Bautista!», oyó a lo lejos. ¿Quién llamaba? Su madre quizás... Ah, ya: «rosa, vana estrella de... de...» Y se hundió en los vastos dominios de la muerte.

## Quejas

Que claro, que como ella era una de esas maestras a las que pusieron en los colegios la Revolución Liberal y sus seguidores, gente sin conciencia, sin principios, «rodada», como dicen por ahí, se le ocurría enseñar a las chicas semejantes cosas. Pero no era raro si ella misma dizque escribe cosas tan terribles que ha tenido, por miedo, que salir de su ciudad y refugiarse acá. Claro, como abundan esos centros educativos en los que todo huele a Alfaro, aunque sea en cenizas. ¡Qué barbaridad! ¿Cómo se le ocurría a esta mala mujer enseñar a las pobres criaturas esas cosas, salidas de la pluma de una mujer de mala naturaleza, que hasta terminó suicidándose? Realmente su hija debería pensar en dónde educar a esta pobre criatura...

¡Y la pobre criatura, con unos ojazos abiertos al asombro! Y todo porque la abuela Elina había preguntado qué escribía con tanto cuidado y ella le mostró el poema. Todo.

En silencio, siguió copiando en una hoja nítida y con caligrafía inglesa el texto que les había pedido que lo pasaran a limpio, repitiéndolo y dictándolo con tanto empeño la maestra.

En medio del sermón llegó Andrea, la prima de su madre, que tenía fama de inteligente, aunque no había estudiado más que la primaria y peleaba siempre con la abuela.

—¿Qué escribes, chiquilla? Preguntó, acercándose a la mesa en donde Elsa trabajaba.

Leyó los versos en alta voz y quedó maravillada.

—¿Esto es tuyo? Preguntó con asombro.

—No. Es un trabajo que tengo que presentar mañana a la maestra.

La abuela se moría por reiniciar el discurso negativo, pero no tuvo oportunidad.

—¿Y quién es la autora? Porque eso es una muestra típica de sensibilidad femenina.

—Dolores Veintimilla de Galindo.

—¡Una suicida! Logró encajar la abuela.

—Pobre desventurada. He oído de ella. Algo he oído, pero este poema es una belleza completa. —Y repitió con fruición—. Sus palabras sonaron en mi oído como música blanda y deliciosa. ¡Precioso, precioso! —dictaminó entusiasmada.

Roja, congestionada, la abuela parecía que iba a estallar.

—¡Claro, como a ti cualquier basura te parece una joya!

—Aprecio lo bueno de la vida, apenas puedo.

La vieja señora se ríe ronca, despectivamente.

—En mi época de la escolita de monjas nunca nos enseñaron

nada tan hermoso, Elsitita. ¡Sigue, sigue! Y memorízalo, alguna vez podrás recitarlo a tus hijos.

—¡Santo Dios! —emitió la abuela.

—Y hazme un favor.

—Claro —susurró Elsa.

—Regálame una copia para mí, quiero aprenderlo. —Y deslizó discretamente un par de bombones entre los cuadernos.

Susurraba llena de emoción:

—Sus palabras sonaron en mi oído... —Aunque lo único que se oía era el bufar furioso de la abuela.

## 28.

**“¡Ah, ser pueril, ser puro...!”**

«Ser canoro. Ser suave trino, perfume o canto...» y siguió rumiándolo en silencio, mientras terminaba de ducharse.

Pensó secándose rápidamente «crepúsculo o aurora». Tal vez alguien lo leería o lo repetiría alguna vez, pero ahora tenía que vestirse y ponerlo por escrito antes de que se le fuese de la memoria. Pasaba siempre que imaginaba un poema, lo repetía mentalmente, y antes de escribirlo se había diluido en el recuerdo.

—Medardo Ángel —dijo suavemente su madre—, el desayuno está listo.

—Gracias madre. Bueno —se repitió sonriendo—, bueno, esperemos que no se borre de mi mente mientras me alimento. «Como la flor que aroma la vida/ y no lo sabe»...

Y se sentó a la mesa, ante el café caliente y las tortillas de verde que le había preparado ella, con su infinito amor.

«Como el astro que alumbra las noches/ y lo ignora».

# BATALLAS DE RENGLÓN





# 29.

Aquí hay un cuento. Usted es imaginativo, ¡descíbrelo!

# 30.

Necesito esta línea para escribir un cuento, así que nada de cuentos.  
¡Fuera!

31.

¡Disculpe! Aquí ya hay un cuento. ¡Usted no puede escribir otro encima de este!

# 32.

Dije que aquí voy a escribir un cuento. Y usted, ¿qué hace en este espacio? Perdóneme, pero estoy tratando de defender MI ámbito. Y yo, de escribir MI cuento. En el espacio que ya existe un cuento, que iba a ser recibido para su lectura, descifrado por su imaginación o la de otras personas. ¡Es imposible! ¡No se puede trabajar en este renglón! ¡No se puede escribir sobre lo ya escrito! Iniciaré mi cuento en otra línea.

—¡Siga, por favor, descifrando mi cuento, gracias a su imaginación, y fin de esta historia, por ahora!

**LIBROS  
PERDIDOS**



## Maese Joseph

El señor de Quirone se había pasado muchas horas de su vida escribiendo un largo texto sobre el misterio de María, desde su elección y la llegada de Gabriel, hasta su tránsito al cielo. Miraba, con una especie de asombro, los textos, que le costaban mucho esfuerzo, porque escribir no era su fuerte. Guerrear sí, no había más que preguntar a sus vecinos.

Cuando hubo terminado el libro llamó al mejor ilustrador de esas tierras, el Maestro José y le encargó que hiciera las estampas.

Día tras día, Quirone admiraba la belleza del trabajo finísimo, delicado, de una calidad incomparable de José.

Una noche, el artista dijo al señor que había terminado. Este miró deslumbrado la imagen de la Virgen en su ascensión hacia los cielos. Agradeció al maestro, le entregó la suma acordada más unas cuantas monedas y se despidieron.

José dijo que partía esa misma noche hacia el norte, pues le esperaba un encargo.

Nunca se alejó más de dos leguas del señorío de Quirone. Unos vecinos se habían aliado y atacaron las propiedades del señor, arrasando con cuanto encontraban a su paso, como la vida y propiedades de algunos de sus siervos o de quienes andaban por allí.

Se sabe que incendiaron el castillo Quirone y pasaron por las armas a todo ser viviente.

Varios siglos después de esta historia, alguien encontró unos pocos pliegos maltrechos que se habían salvado del desastre y los clasificó como anónimos que trataban sobre algo referente a la Virgen María, ilustrados por un maestro desconocido.



## Escritura de mujer

No era bien visto que una dama se dedicase a escribir. Cuando el príncipe empezó a leer el manuscrito que le había entregado con mucho temor Madame de F., quedó deslumbrado por su prosa.

—Ningún hombre de este reino escribe como ella —dicen que opinó.

Las muchas ocupaciones del gobierno, la vida social y la galantería del gran señor le impidieron seguir con la lectura del texto, que trataba sobre una historia de amor imposible entre una joven mujer enamorada de un hombre casado y que parecía reunir datos de la vida de Madame de F.

En un simulacro de batalla representado en los predios del palacio, alguien hirió sin querer al señor, que murió a los pocos días de una infección incontrolable.

El libro de Madame de F. desapareció como muchas cosas que fueron objeto de pillaje en el palacio.

Muchos años después, un estudioso halló el hermoso libro. No sabía a quién atribuirlo, pues no traía ninguna señal de autoría, solo una gran F al final. Investigó sobre quiénes escribían en ese entonces y halló que un señor de Fagioni lo hacía sin mayores logros. Pero le pareció que el libro de Madame de F. era de gran calidad. Tentativamente, lo atribuyó a Fagioni. Mas era una época en que se despreciaba mucho lo que se había producido en el siglo de Madame de F. y la gran novela quedó en algún archivo perdido. A lo mejor, alguna vez, alguien la encuentra y la publica con el nombre de un caballero que no tenía ni la menor idea de su producción ni de sus avatares.

## Ana, una princesa lejana

«Me atrevo a decir que este es el más importante libro de este tiempo. Tiene la capacidad narrativa del señor Hugo, el poder evocativo del señor de Chateaubriand y la poderosa poesía de Musset». Escribió el Abate Dourmel en sus memorias.

También insinuó que el señor de Paradine debería publicar el libro, pues lo sentía suficientemente maduro y bien escrito, aunque él seguía puliéndolo día a día.

Otros autores decían que los años que había vivido Paradine en África facilitaron la creación de atmósferas exóticas.

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en la belleza de la obra y en la necesidad de darla a conocer al gran público.

Cuando surgió la posibilidad de volver a África, Ana ocupaba una maleta y Paradine prometió que haría una última revisión y al volver a Europa, lo publicaría.

Nunca regresó. Parece que sufrió un naufragio, una tempestad de arena o se extravió en el desierto. Él y su bello libro desaparecieron para siempre y solo quedaron en la memoria de unos pocos, que, lentamente, iban olvidándolos o peor aún, desapareciendo.

**JOYAS**



## Aretes

Eran de oro y esmalte y habían pasado de generación en generación, no sin despertar una cierta codicia en aquellas que no los poseían.

Cuando Rosaura los heredó, hubo los peores pronósticos, dada su exigua situación económica.

Lo cierto es que ella no quería venderlos, pese a sus necesidades, pero sí los empeñaba de tiempo en tiempo. Hasta que los ladrones entraron en la Contaduría pública en donde estaban y desaparecieron sin dejar rastro, como es de imaginar.

Un día, Rosaura vio que uno de sus nietos coqueteaba con una hermosa mujer que llevaba nada menos y nada más que los aretes. No pudo contenerse.

Preguntó a la chiquilla que de dónde los había sacado. Su madre los compró en una pequeña joyería en la que vendían joyas usadas y antiguas, dijo ella.

Rosaura hubiera querido preguntarle si no pensaba en venderlos, pero no se atrevió.

—¿Le gustan mucho? —preguntó la muchacha.

—Sí, sí, tartamudeó.

—Créame —dijo la muchacha de modo muy espontáneo—, si no fueran un recuerdo de mi madre, se los hubiera dado.

—¡Jamás! —dijo Rosaura—. Eso jamás. Los recuerdos de los que amamos son sagrados.

Y pensó en la forma atroz en que, en una época de estrechez económica, ella había perdido ese hermoso recuerdo familiar. Y suspiró hondamente.



## El broche de diamantes

Además del valor material, que era enorme, esa joya estaba cargada de recuerdos e historias de las abuelas y otras viejas parientes.

Elena lo recibió de la última propietaria, feliz, en medio de la envidia familiar, y solo lo usaba en ocasiones especiales.

Lo lució en el matrimonio de una pariente sin sentir el momento en que la joya se deslizó de su lujoso vestido.

Se lo buscó por todas partes, sin éxito.

Elena pensó en poner un anuncio con una recompensa, pero su hija Angélica le dijo que era absurdo.

¿Quién lo habrá encontrado? Nadie lo supo, nadie lo sabe.

—Espero que haya sido alguien muy necesitado y que se haya beneficiado del valor de la joya —se esperaba Elena.

¿Y si alguien creyó que era un prendedor de fantasía sin mayor valor y lo guardó en una caja llena de chucherías, sin darle mayor importancia?

# 38.

## Anillo

Fue un regalo de los hijos en el cuarenta aniversario de su matrimonio.

Era de oro blanco, con un rubí engastado.

No se lo quitaba para nada. Era su amuleto, según decía. Hasta que un día se fijó y no lo reconoció, parecía una joya en diamante del Brasil o en algún metal negro.

Nadie pudo entender que hubiese cambiado el color del metal de tal manera.

Cuando empezaron las sesiones de radioterapia por su cáncer, se lo quitó del dedo y lo entregó a su mujer.

Lentamente, en los meses que duró el tratamiento, la joya recuperó el color de su precioso metal.

—¿Que habrá ocurrido para que se dé ese cambio?

Y una chica de la familia, que creía en energías negativas y cosas así, dijo que era un anuncio de lo que le venía a René y aunque hubo risitas y bromas, al propietario le quedó para siempre la idea de que, en verdad, había sido un anuncio que nadie supo descifrar.

## Fotos

Las fotos esconden misterios y nadie o casi nadie parece fijarse en ellos.

Juan Manuel estaba muy enfermo, bastante cercano ya a su muerte, cuando los amigos más cercanos hicieron una reunión en la que el tema de todas las conversaciones fue, precisamente, su estado de salud. Él, por supuesto, no pudo asistir, por tanto, no podía estar en las fotos que se hicieron ese día. Y, sin embargo, un poco borroso y todo, pero aparece en todas las imágenes fotográficas de esa fecha.

# 40.

## Amuleto

Recordaba un nido de encajes en un pecho tibio, una mano arrancándolo con violencia, un regateo en el mostrador de un hombre viejo y una voz gangosa que decía:

—No tiene mucho oro y es de una forma medio rara, no creo que pueda venderlo. No sé si estoy haciendo un buen negocio, así que, si quieres lo que te ofrecí... tómalo.

La mano que lo arrancó de los encajes se apoderó del dinero y su dueño salió rápidamente del negocio. El anciano propietario lo tomó con cuidado, lo acarició, lo acercó a sus ojos cegatos y sonrió satisfecho.

—Te guardaré en un lugar secreto, puede que no valgas gran cosa, pero algo me dice que desde ahora eres mi amuleto —susurró el viejo señor, hundiéndolo en la oscuridad de un bolsillo áspero del que saldría para ser encerrado, talvez para siempre, en una caja, un cofre, un joyero y sepultado en las tinieblas de una oscura bóveda.

**UNICORNIOS**



41.

## El de plata

Brilló unos instantes bajo la luz de la luna, pero cuando percibió la presencia de los hombres se perdió para siempre en la floresta de los sueños.

# 42.

## El de oro

Se discute mucho si todo el cuerpo era del precioso metal o solo el cuerno resplandeciente. La codicia de los cazadores hizo que se perdiera para siempre en la niebla de la leyenda y nunca supiéramos la verdad.



# 43.

## El de jade

Dicen que era tan bello, que el emperador que lo encargó ordenó que el artista que lo esculpió delicadamente durante años, al terminar la obra, fuese cegado, a fin de que nunca la repitiese.

Es de esas maravillas que un día se pierden en la leyenda, reaparecen fugazmente y vuelven a desaparecer ya para siempre, igual que el nombre del prepotente emperador que lo encargó y el del artista que puso su vida y su vista en esculpirlo.



**MICRO MICROS**



44.

Acostumbra decir la última palabra: AMÉN.

45.

Una rosa es una rosa.

46.

Pareja: dos son más que uno.

47.

Silencio: ha pasado un ángel.



48.

¡Esto es el fin: adiós!

# 49.

Insecto: dos horas, tres horas... ¡Una vida!

# 50.

Discurso: una hora. ¿Risitas? ¿Bostezos? ¿Sueño? ¡Qué gran pieza oratoria!

# 51.

Misterios: frutas, aves, niños, TÚ.

52.

Cuento: el tiempo que demoras en escribir la palabra.

# 53.

¡Pésimo cuento! Y se quedó rumiándolo por años.

54.

## Gota

Lo sé, es mi destino: destello un instante. Luego, desaparezco.





**NOCTURNOS**



## Celoso

—Dijiste que me ibas a dar algo azul —dijo Magdalena con algo como temor en la voz, viendo que Augusto se preparaba a salir.

Rápido como un rayo, él se volvió a la mujer y le asestó tremendo golpe en el ojo izquierdo.

—Coqueta, sonriéndole y haciéndole venias a ese cabrón de Eduardo Sendars en la misa de mi finada tía Isabel.

Llorosa, Magdalena alcanzó a murmurar algo como «estás loco». Y él le propinó otro golpe, esta vez, en el ojo derecho.

—¡Dos cosas azules, por puta y por respondona! —gritó ya en la puerta y salió tirándola con fuerza.

En el pasillo se encontró con su vecino Sendars que le saludó con una venia.

Él respondió con un acre murmullo:

—Hijo de puta, un día de estos te daré tu merecido. —Y fue hacia las escaleras que descendían hasta la planta baja del edificio.

# 56.

## Oscura obsesión

Nadie ha logrado explicarse la extraña muerte de Augusto Sáenz, ni siquiera el propio Eduardo Sendars, que fue el casi mortalmente agredido por el difunto.

—Golpeó a mi puerta. Una de mis hermanas le atendió. Preguntó por mí directamente y se negó a pasar. Salí. Quiero decirte claramente que no soportaré tus intentos de seducir a mi mujer, rugió. Le dije que estaba equivocado y recibí un tremendo golpe en la boca. Y enseguida vinieron más en medio de improperios. Me defendí. De pronto apareció, no supe de dónde, ese enorme cuchillo que intentaba hundirme en el cuerpo. Le esquivé con fuerza y, entonces, sonó un rugido y el cuerpo quedó inmóvil. Había hundido el arma en su propio corazón, inexplicablemente.

—¡Por favor, llamen a la policía, que nadie toque nada! Esperaré sin moverme en este sitio.

Solo se escuchaba el llanto de Magdalena y el de las hermanas de Eduaro Sendars, y su respiración agitada mientras miraba cómo se

le soltaba la mandíbula al adversario y pensaba que la rigidez haría que retirase las manos del cuchillo, que solo tenía sus huellas.

—Abran paso —se escuchó una voz que daba órdenes—. Llegó, por fin, la policía. Miraron la escena, al cuerpo, al sobreviviente, y empezaron las diligencias.

—Sabe, teniente, en mi vida he visto algo así, que alguien se clave un cuchillo en medio de una riña, en pleno corazón.

—Yo tampoco —susurró el teniente—. ¿Hizo las fotos? ¿Tomó las huellas?

—Yá, entremos en algún departamento para interrogar a este. —Y señaló a Sánz.

—Me dijo que, si seguía así, todo ensangrentado. Le respondí que esperara hasta ver qué dicen de laboratorio. —Yá envié las muestras.

—¡Muy bien! Y volviéndose a Magdalena. ¿Usted es pariente? Ella dijo que era la viuda. Necesitamos su departamento y mucha calma para interrogar a este hombre. Ella asintió en silencio.

—Levanten el cadáver y llévenlo, ya, a la morgue para la autopsia. ¡Por favor, vuelvan a sus departamentos, señoras y señores! ¡Vámonos señora! Venga usted, ¿cómo se llama?

—Eduardo Sendars, señor. Y se miró con lástima, todo él golpeado, desgarrado, lleno de sangre, ¡pero vivo!

# 57.

## Reclamo

Debía ser como la una de la mañana cuando el timbre del teléfono me sobresaltó.

—Aló —dije semidormido.

Sonó al otro lado una voz juvenil y con algo de campanilla.

—Hola, señor, soy su vecina Marissa, del quinto piso y solo le llamo para decirle que no me gustan sus cuentos realistas. ¿Por qué pierde el tiempo hablando de cosas que todos sabemos, cuando escribe usted relatos fantásticos, llenos de magia, de sueño?

Me quedé un tanto sorprendido.

—Escribo sobre el mundo en el que vivo, señora —alcancé a decir.

—Sí, pero de ese mismo mundo ha extraído usted historias bellamente cargadas de imaginación. Perdone el entrometimiento, pero he sentido necesidad de decirle estas cosas.

—¡Gracias!

—Buenas noches o buenos días. ¡Descanse!

Pero permanecí largamente despierto.

Temprano en la mañana le pregunté a Hugo, el portero del edificio, quién era esta señora Marissa del quinto piso.

Sonríó con picardía.

—Bien dice, «era», «era», murió hace cuatro años, tiempo en que el departamento ha permanecido cerrado, aunque los servicios de luz, agua, teléfono, los paga, misteriosamente, alguien. Me cuentan que ella es un poco traviesa. A veces aparece por ahí, en el ascensor, asusta a los vecinos más viejos, da dulces a los niños. ¡Así es mi doña Marissa! No me diga que se le apareció.

—No, no —dije—, solo era una curiosidad, porque el otro día vi su nombre en el tablero de los departamentos y sus dueños.

—¡Ah! —dijo Hugo sin mayor convicción.

Cuando volví al departamento, me dije «creo que si cuento esta historia habré escrito un cuento de su gusto, mi señora Marissa del quinto piso». Y una sonrisa un tanto inquieta se posó en mis labios, como una mariposa nocturna, pues hubiera jurado que escuché, claramente, un sonoro «gracias».

# 58.

## Músico

A veces, en la noche, se oye el dulce sonido de una flauta. ¿Será un pastor que toca en tanto su rebaño duerme entre las ruinas? ¿O será un ángel disfrazado de zagal que entona una melodía un poco triste mientras apacienta estrellas, cual si fueran ovejas?



**CROMOS**



**Nadie**

—¿Quién fue?

—Nadie.

—Alguien golpeó a la puerta con insistencia.

—Le digo que no había nadie.

—Este barrio se está volviendo insoportable. Nadie, nadie...

—Y fue apagándose la voz a medida que se acercaba al dormitorio.

Y Nadie, sonriendo en la sombra, sin que ninguno de los habitantes de la casa le viera, maliciosamente.

# 60.

## Uno

—¿Quién gritó?

—UNO.

—¿A quién le golpearon en la cabeza?

—A UNO.

—¿Quién te ha dado este bello poema?

—UNO.

—¿Quién te manda flores?

—UNO.

—¡Qué cuadro tan hermoso! ¿Quién lo habrá pintado?

—UNO.

—¿Y quién es el autor del robo?

—UNO.

—¡Preciosa voz! ¿De quién es?

—De UNO.

—¿Quién asaltó a esta pobre chica?

—UNO.

—¿Quién fue el escultor de esta maravilla?

—UNO.

—¿Quién ha dicho semejante cosa?

—UNO.

—Y tú, ¿quién eres?

—UNO. Ni bueno ni malo. Ni santo ni pecador. Ni ángel ni demonio. UNO, como cualquier otro.

—¡Ah! El mundo está lleno de UNOS como tú.

—Así es. Nunca falta UNO como tú o UNO como yo.

# 61.

## ¡Usted!

—¿Yo?

—¡Usted!

—¿En qué le puedo servir?

—En nada... Solo quería comprobar que, si decía «usted», lograría que se vuelva y dialogue; cosa que, si decía «ey, tú», no lo hubiera logrado.

—Me da igual que me traten de usted o de tú, señor.

—No es verdad, y no me mientas más.

Se irritó un poco.

—Estamos perdiendo el tiempo. ¡Adiós!

—Lo dicho: te he tuteado y te fastidias y te vas. Pero, adiós, adiós, este es un diálogo inútil.

Caminó sin volverse. Hay gente loca, pensó, pero quedó en su interior repercutiéndole el eco de esa voz: «¡Usted!».

## Romántico

Escribía unos pésimos poemas que hablaban de las tristezas del amor que nunca las había experimentado; cantaba mal, sobre los mismos temas, pero era dueño de una pequeña oculta fortuna. Hasta que llegó ella y descubrió su misterio. No le importaba nada. Solo pensó en lo que podía obtener y fingiendo mimos, ternuras, ojos entornados ante sus palabras melosas y sus pobres melodías, le dejó en la calle y desapareció.

Él, en harapos, siguió escribiendo mal, cantando pésimo y hablando de las desdichas del amor, que, por fin, había conocido a costa de sus pobres medios.

# 63.

## Asesino

Y cuando hayas cumplido tu oscuro encargo, ¿a dónde irás con ese pobre dinero ensangrentado?



# 64.

## Una belleza

¿Quién serías? Nadie lo sabe. Hermoso cuerpo, sonrisa permanente de calendario. ¿Qué habrá sido de ti? ¡Talvez solo el destino de una ancianita decrépita más, un asilo, la calle, una vieja casa solitaria, perdida por ahí!

# 65.

## Buscador

—¿Qué será lo que busca este pobre hombre, incansablemente?

—La memoria. La perdió hace tiempo y no sabe ni dónde ni cómo.

## Taciturno

Alberto era un hombre sombrío. No sonreía nunca y toda conversación familiar con él terminaba en la lectura o recitación de alguno de sus tristes e interminables poemas.

Para levantarle el ánimo, mamá le decía que cuándo iba a publicar su poesía.

—No sé, no sé... —respondía vagamente.

Cuando se fue de la casa en busca de fortuna hacia algún lejano y desconocido lugar amazónico, los chicos decidieron invadir su habitación en pos de la caja de poemas que decía tener y que encontraron sin problemas.

Hubo que buscar una pequeña llave para poder leer esa cantidad de versos amargos que él les prodigaba de tiempo en tiempo.

Abrieron la caja. Estaba realmente llena de papeles en blanco o con algún raro apunte, nunca poema alguno. Se miraron asombrados, pero no pudieron comentar con ninguno de los adultos, porque les hubiera parecido una indiscreción mayúscula esa fracasada pesquisa poética.

# 67.

## Tancredo

—¿Y ese nombre?

—Mi madre era fanática de la ópera.

—Menos mal que no eres mujer, si no, te hubiese tocado una wagneriana Isolda.

—Bueno, no era muy devota de Wagner, pero entre mis seis hermanos hay una Amenaíde, un Faliero, una Armida, una Gilda, un Polidoro y una Annina. —Y se rio ante el asombro del otro.

# BESTIARIO



## Telaraña

Desde que empezó a tejer sus telas, las arañas que estaban cerca admiraban dos cosas: la belleza que aparecía en el tejido y ese brillo como de diamante en cada hilo. Su madre no pudo contenerse y cuando tejió esa tela grande magnífica, una verdadera joya, se lo contó a todas las arañas de la casa. Era algo maravilloso y ellas estaban extasiadas hasta que les cayó la nube mortífera del insecticida y, por si fuera poco, los escobazos de la empleada doméstica y su manía de limpieza.

# 69.

## Cinco patas

No tiene para qué esforzarse ni buscarlo más; ese hombre, amante de los gatos, ha encerrado en una jaula al gato de cinco patas. ¡Venga, vamos a verlo!



## Monstruo

—¿Qué es eso, por Dios?

—No sé. En una ficha de la jaula dice Monstruo.

—Claro, yo sé que es un monstruo, pero ¿qué es?

—Tiene pico, garras, cuerpo de felino con plumas, escamas y otras cosas raras.

—¿De dónde salió?

—No sé, creo que de la imaginación de quien lo ve.

# 71.

## Un ave extraña

—Es un pájaro feo, pero cuando trina es único.

—Dicen que es azul, pero yo lo veo negro.

—Es negro azulado. Y ni tan feo... ¡un pájaro!

—Cada uno lo ve distinto. ¡Me parece horrible!

—¿Y cuándo va a trinar?

—Lo ignoro. Lo he oído una vez y quedé maravillado, pero no sé si estaba como ahora, encerrado.

—¡Uffff, pretextos!

—Denle alguna golosina, un gajo de naranja, unas semillas... Quizás trine.

Se cansaron de los mimos y la espera y se fueron las señoras. Ya en la puerta de la finca escucharon un fragmento de trino inigualable. Se quedaron estáticas, sin palabra.

—Era verdad que trinaba —dijo con tono de despecho alguna de ellas.

—Así parece —corearon amargas.

—Solo que ha sido temperamental —añadió alguna graciosa y se rieron todas.

# 72.

## Un colimirlo

Venía y se paraba en un tejadillo frente al estudio y poco le faltaba para hablar; me exigía comida y yo se la daba: migas de pan, un poco de arroz, pedazos de fruta...

Desapareció como unas dos semanas y ciertamente que lo extrañaba.

Una mañana oí su trino, que algo tenía de conversación. Me asomé a la ventana y quedé asombrado: todo su plumaje negro se había transformado en el prodigio de las plumas irisadas y de diversos tonos de un colibrí. Le busqué algo de comida, y un momento después, había desaparecido.

Nunca más lo he vuelto a ver. ¿Qué habrá sido de él? ¿Quizás alguien lo capturó para exhibirlo como una curiosidad ornitológica? ¿Talvez lo cazó y embalsamó algún hábil taxidermista, mostrándolo como un ejemplar único de colibrí mezclado con mirlo?

A veces me pregunto cómo fue la transformación, a qué se debió. No lo comento con mucha gente, porque pueden creer que algo le pasa a mi cerebro. Dos o tres personas de mi familia a quienes les conté la curiosa transformación dijeron que había visto mal, lo había soñado o lo había imaginado.

Pero él —esté en donde esté— y yo sabemos que no hay ninguna invención en esta historia.

# 73.

## La hiena que no ríe

Esa risa estridente tan suya y, a veces, ciertamente odiosa, no es más que un recuerdo.

Desde que está enjaulada en ese pequeño zoológico provincial, no ha vuelto a reír. Los que parecen reírse de su mudez son los otros animales, que pasan ante su prisión y la miran desafiantes, desdeñosos.

Ella los observa, encerrada y silenciosa, y nada la hace cambiar de actitud. Parece que no volverá a reír jamás.

## Linda noche

—Linda noche —dijo el vampiro—. Ahora sí podemos conversar sin las molestas interrupciones del día.

—Así es —dijo el amigo con una voz que parecía un gruñido.

En eso salió la luna.

El vampiro se volvió a mirar a su compañero y la poca sangre ajena que tenía se le heló.

El lobo inmenso que tenía a su lado le miraba codiciosamente el cuello contra el que se lanzó furioso, incontenible.

# 75.

## Vals de «El murciélago»

—Siempre olvido el *opus* —gruñó la bestezuela y siguió revoloteando al son de la música, en el cielo nocturno.



## Gatos

*In memoriam R.P.*

Roger Planchon, el director de *Luis, el rey niño*, la película que representó a Francia en Cannes 93, tenía una curiosa teoría: los gatos son agentes, espías, seres de otro planeta, cómodamente infiltrados entre nosotros.

Cuando ronronean —hilan, como dicen, tan expresivamente, por aca— están enviando información, y cada vez que mueven una de sus orejas, como solo ellos saben hacerlo, están recibiendo mensajes.

Graciosa hipótesis ¿No? ¡Qué risa!... Hablar así de unas inofensivas bestezuelas de casa adentro...

¿Que no es graciosa? ¿Que no es cosa de reírse?

Bueno, no hay que tomarla tan seriamente. No tanto. No, no... En fin, no sé.

Sí, en realidad, vale la pena observar a los gatos con cuidado. Sí, lo he hecho, por supuesto. Sí, tan desdeñosos y lejanos, ellos, como perdidos en una especie de ensueño superior y distante... O como si estuviesen reportándose a remotos y desconocidos, pero poderosísimos

amos. Claro. Y ¿qué decir de cuando combaten entre terribles maullidos, que parecen los infrahumanos gritos de guerra de bestias inconcebibles? ¿Quién no los ha sentido, batiéndose con una pasión insana, en medio de la oscuridad, revolcándose furiosos, abriéndose las carnes palpitantes con sus garras? Entonces, ya nada tienen de inofensivos los animalitos que beben leche en un platillo o ronronean mansamente a nuestro lado. ¿No?

Sí, cierto que hay momentos en que parece que *monsieur* Planchon no estuviera muy equivocado. Y en ese caso, claro, su sospecha no tiene ninguna gracia.

## Un gato

De todos los animales domésticos, el más extraño, digan lo que digan los fanáticos de las mascotas, es el gato.

Cuando era pequeño me gustaban mucho, lo confieso, pero con el paso del tiempo los fui mirando con un cierto recelo y no sé por qué.

Todas estas sensaciones se acentuaron cuando hace muchos años, uno de mis maestros de teatro, el insigne Roger Planchon, me dijo, con total convicción, que eran seres de otro mundo o, al menos, sus agentes.

Una noche, a hora muy avanzada, sentí una presencia muy cercana, en la almohada junto a la mía justamente. Escuché el suave ronroneo y al poco rato una voz un poco ronca.

—No, no es un sueño. Estoy aquí. Vine a decirte que hemos leído tu cuento «Gatos», en el que afirmas que somos agentes de habitantes de otros planetas.

Sabes que la comunidad se ha sentido profundamente herida por esas afirmaciones, y pensamos que deberías tener tino con lo que escribas a futuro. No es una advertencia ni una amenaza, pero es bueno que sepas que hay un grupo de seres que no está de acuerdo con tus afirmaciones, que, como dices, no son tuyas sino de alguien más. Así que es eso lo que me han pedido que te diga y he aceptado hacerlo con mucho gusto. ¡Adiós!, y espero que no haya motivo para volver a verte, porque eso sí, tú sabes que nosotros vemos en la oscuridad. ¡Adiós! —Y me arañó la mejilla, causándome un ligero dolor. Enseguida dio un salto en las tinieblas que no sé a dónde lo condujo.

Intenté volver a dormirme, pues estaba seguro de que un ruido como de un animal saliendo del dormitorio había interrumpido mi sueño, pero no lo conseguí muy fácilmente.

En la mañana trataba de recordar eso que yo consideraba un sueño, casi una pesadilla y vi dos cosas que me desconcertaron por completo: la huella de un gato en la almohada vecina, incluso con unos cuantos pelos, y un rasguño leve pero visible, como el arañazo de un felino en mi cara.

**VARIACIONES  
SOBRE  
EL AMOR**



# 78.

El amor: ¿Y esos campos desolados? ¿Y esos fuegos destructores? Ha pasado, queda la pasión, el olvido interminable.

# 79.

Pequeña hoguera, ardió intensamente... y se apagó. Pasajero amor, dijo una voz.



80.

¿Y esa tea en la colina? Arde desde siempre. Amor inmortal.

# 81.

## Serenata

Nunca se han hablado. Ella asoma a su ventana. Él temblequea Schubert en su violín. Tienen 80 años.

82.

## **Cara o cruz**

Cara: le ofrezco mi amor eterno. Cruz: paso de largo.

Nunca recuerdo qué era yo: cara o cruz; ya estoy lejos.

# 83.

## Delirio

—¡Déjeme que tome su mano y caminemos juntos por la vida!

—¡Pobre hombre, hace tiempo que les habla a las estatuas del parque!

# RÍOS Y POETAS



## Agua transparente

*A Sonia Moreno Ortiz*

Apenas se ponía bien, su atracción fundamental era su vecino, el río, y lentamente caminaba hacia el sendero de la orilla, cuidadosamente, mientras admiraba las distintas composiciones realizadas por la naturaleza, que nunca eran iguales entre sí.

Un día, estaba tan ensimismada en los pequeños paisajes, que no reparó en que el sendero entraba momentáneamente en el agua. Salió a la parte seca, sin mayor problema. Se sentó en un tronco para sacarse los zapatos húmedos y, de pronto, se fijó en el pequeño brazo del río, era un milagro de transparencia, en el que los guijarros brillaban al sol, como piedras preciosas. Contuvo el aliento. Sintió un deseo inmenso de hundir los pies en ese espejo, pero no lo hizo. Lo admiró unos minutos, realmente extasiada, se calzó y despidiéndose calladamente de esas linfas prodigiosamente diáfanos, siguió su caminata.

Experimentaba como una fraternidad con estas breves aguas, que nadie podría entender, pero que para ella era milagrosamente real. Pensó que quizás escribiría un pequeño texto sobre esta experiencia tan verdadera y al mismo tiempo tan soñada.



## Aguas turbulentas

*A Fernando Moreno Ortiz*

No recordaba si el amor al río, del que siempre procuraba estar cerca, le había inculcado su padre o su madre, pero llevaba ese sentimiento en lo hondo de su ser.

Mientras miraba el río crecido, de color oscuro, cuyas aguas arrastraban árboles, pequeños animales, muebles, enseres, cajas y cuanto encontraba a su turbulento paso, evocó la infancia, los juegos en la orilla, los pies descalzos sintiendo el frío de esas aguas casi familiares, y en los días cálidos, la caricia del agua en el cuerpo joven e inquieto.

Su hermana había escrito un bello poema sobre las aguas transparentes; rápidamente volvió a la casa y se metió en su estudio, algo como un poema bullía en su interior: quería hablar sobre las aguas turbulentas, su cercanía, su metafórico sentido de fraternidad y semejanza.

Pero apenas tomó el lápiz, con el que siempre escribía, sintió como una parálisis. «Quizás otro día», pensó y cerró los ojos para sentir más hondamente lo que le estaba ocurriendo.

## Un río impredecible

*A Susana Moreno Ortiz*

Leyó que su río favorito se había desbordado causando innumerables daños. Sintió un dolorcito adentro, como si alguien de su familia se hubiese comportado indebidamente.

Bajó hasta la orilla, se detuvo en el puente y miró las aguas que se elevaban en oleajes oscuros y golpeaban la estructura de ladrillos y cemento.

—Malito —susurró—. Tú, el más bello de nuestros ríos, te portas como un chico desadaptado. ¡Qué pena! ¡Adiós! —Y dio la espalda, muy dolida, al río amado.

Mientras volvía a casa, recordó un paseo hacía muchísimos años, en que, con sus primos, caminaron por terrenos que había inundado el río en una planicie dedicada a la ganadería.

Allí estaban las aguas, casi inmóviles. No se sabía si iban o venían y ella evocó uno de los poemas de Garcilaso aprendido en el colegio, en el que las aguas del cristalino Tajo caminaban tan mansamente, que no se sabía determinar el camino que llevaban.

**Y AQUÍ,  
LOS ÁNGELES**



87.

Ángel oscuro: solo él quedó en pie luego de la tormenta.

88.

Ángel caído: volaban entre risas... uno desapareció.



89.

Ángel bueno: cualquiera puede serlo, solo es cuestión de alas, vuelo, suma bondad.

# 90.

Ángel malo: le gustaba mirarse en el espejo haciendo muecas, gestos, caras perversas. Un día se quedó prisionero de lo terrible: no pudo salir del reflejo.

# 91.

Ángeles: los veían ir y venir en el cielo del amanecer y, a veces, en el del ocaso. Son nubes, decían las madres. Parecen alas, guirnaldas, túnicas, pero no son más que nubes. Mas, ustedes, los chicos sabían que eran ángeles.

# 92.

Un ángel triste: a veces, sobre todo cuando llegaba la noche, lo veías, tan oscuro como el mismísimo final del día. Cuando, en medio de la jornada, había unos nubarrones y truenos y relámpagos, él estaba con la mano en la mejilla angélica, tristísimo. Y nada ni nadie podía consolarlo de una pena que mortal alguno podría comprender.

—Ven —le decía la Voz Divina y él volaba hacia el llamado. Se sentía incluso alegre en la Suprema Compañía, pero un tiempo después volvía esa tristeza que ni las Altas Esferas podían disipar.

Recién cambiados de casa, en la noche, no era raro que escuchásemos unas melodías maravillosas.

—Son los seminaristas —decía la prima Inés, la devota de la familia.

Todos estuvimos convencidos de su palabra hasta que el tío Germán tuvo una fiebre muy alta, que duró varios días.

En su delirio, cuando empezaba la música, tartamudeaba:

—¡Son los ángeles!

E Inés:

—¡Ya les dije, son los seminaristas!

Hasta que él mismo, ya sano, vino un día y nos contó con un aire casi triunfal:

—Eran los ángeles... El Seminario está vacío, me han dicho unos antiguos porteros, desde hace dos años.

# 94.

## El ángel de la muerte

Pasaba por allí en pos de alguna misión encomendada por el Altísimo justo en el momento en el que la Muerte cegaba la vida del capellán Rodríguez.

Se volvió ligeramente e hizo una reverencia.

Una beata que tenía visiones lo descubrió.

—¡El Ángel de la muerte! —gritó.

Él quiso decirle que estaba equivocada, que pasó por el lugar equivocado y que eso era todo. Pero ella seguía, histérica, señalando hacia donde él estaba, así que lo mejor que pudo hacer fue poner distancia de por medio y lanzarse tras su misión sin que pudiera dejar de escuchar esa frase que sería, ya por siempre, como un oscuro estigma sobre su angélica naturaleza.

## Murciélago

—Y tú, ¿qué clase de ángel eres? —preguntó el pequeño serafín—. ¿No serás uno de las tinieblas? Te he visto volar en la oscuridad con desenvoltura y hasta me pareció que atacabas a alguna criatura. ¿Conoces a Lucifer, el cabecilla de los ángeles tenebrosos? Me parece que no entiendes lo que digo, ¡qué pena! Perdona mi curiosidad, pero te lo pregunto porque soy un ángel y me dije de pronto, encontré un semejante. Pero, no sé, eres, cómo podría decírtelo sin herirte, bastante peculiar, incluso para ser un ángel oscuro, y como no me respondes, mejor me voy con mi curiosidad a otro cielo.

# 96.

## Moneda

A Marlene Quinde Cordero

Tuvo un día muy duro, lleno de idas y venidas, de altibajos, de lágrimas, de lamentaciones y, hacia la tarde ya, también de risas.

Llegó al gran templo de piedra pulida con la idea de ponerse a los pies de su Señor, en actitud de adoración, unos minutos. Halló todo cerrado. Ciertamente que, dada su naturaleza angélica, podía penetrar puertas y aun muros, pero prefirió quedarse en las escaleras de mármol de la entrada. Y aunque estaba sumido en su orar profundo, hablando directamente con su Dios, le asaltó el sueño.

Cuando se despertó, era la medianoche. Dos sombras dormían allí cerca, respirando suavemente. Sintió un cuerpo extraño en su mano: estaba apretando una moneda. Pensó que, al verlo dormido, alguien debió haber supuesto que era uno de esos pobres seres que duermen en



la calle y le dejó la moneda para que comprara un panecillo. Y lo pensó con tanta in-tensidad, que vio con claridad cómo una pobre mendiga, de las que extendían su mano en pos de algún mínimo gesto solidario en los alrededores de la catedral, buscó entre sus harapos y encontró esa moneda que puso en su mano y que, ahora, en medio de las sombras nocturnas destellaba.

—¡Que el buen Dios te lo pague! —dijo desde el fondo de su transparente corazón de ángel y sintió cómo se estremecía el universo.



**CASAS**



## La casa de Luisa

Mi abuela se llama así, y cuando vi el libro con ese título, pensé inmediatamente que el autor o autora había pensado en su casa y en nosotros, su familia.

Y digo autor o autora porque solo decía Silvain y nada más.

A medida que leía el texto, me convencía que mi familia era el modelo de la ficción. Así que Silvain era el seudónimo de alguien que nos conocía.

El origen de la inmensa fortuna de la dama, sus dos matrimonios —sin hijos el primero, con varios, el segundo—, la propiedad enorme que originalmente fue una casa de campo, que los abuelos transformaron en una suerte de palacete y que poco a poco quedó más y más cerca de la ciudad; la apertura para todo el que quisiera «pasar unos días» con nosotros —que, a veces se transformaban en meses—, siempre bien atendido por recomendación especial de la Mamita, como llamábamos casi todos a la abuela. Todo eso estaba minuciosamente narrado y descrito en el libro.

La breve historia de los hijos, los nietos, los huéspedes se anunciaba interesante, pero era ya tarde y me dormí con el voluminoso texto sobre el pecho.

—Leyendo tonterías, Francisco, ¿no? —La voz de mamá, media áspera cuando se molestaba, me despertó como a las seis de la mañana. Sentí que me arrebatava la obra comprada en un puesto de libros usados. Supe, en seguida, que no la volvería a ver, así que le pedí con una voz llena de sueño, media amarga.

—Sé que no me devolverás esta curiosidad, aunque te lo pida, así que solo quiero que me digas algo.

—¿Qué?

—¿Quién es Silvain?

—Alguna persona ingrata que consiguió algo de dinero a costa de hacer pública la vida de una familia.

—Pero tú sabes quién es.

—No, y si supiera, no te lo diría. Y solo te pido que no comentes con nadie esta historia.

Salió de mi dormitorio cerrando suavemente la puerta.

Comentar, comentar, realmente se me ocurrían algunas personas para hablar del asunto, pero al mismo tiempo estaba la petición de mi madre y un cierto malestar que no se terminó en varios días.

Una de las cosas que más me molestaba era no haber llegado a saber si Silvain se ocupaba en detalle de los menores, como parecía hacerlo de los mayores, y conocer qué diría de mí, más exactamente.

Pasé mucho tiempo buscando «La casa de Luisa» en librerías de todo tipo. Nunca la encontré. Hasta que, cansado, llegué a la convicción de que todo había sido pura imaginación mía.

# 98.

## Irene

Con seguridad, nadie sabía cuál era el vínculo de sangre que unía a Luisa Betanzos con Irene Romo. El trato entre ellas era muy cordial: «Tía», «Hijita». Y se sentía que la abuela, prefería a Irene, entre toda la gente que poblaba su casa y sus propiedades.

Ella debió ser muy hermosa, era discreta, hablaba con propiedad, nunca levantaba la voz, estaba dispuesta a escuchar en todo momento; daba consejos solo cuando se lo pedían; estaba siempre lista para ayudar en lo que fuera: la cocina, el comedor, alguna receta, la decoración con buen gusto, sin excesos. Las nietas decían con cierta sorna, cuando había una de esas grandes recepciones presididas por una Luisa, aun bella, enojada y rodeada de halagos y reverencias, que todo tenía el sello Irene, pues ella elegía desde las prendas que usaría la abuela, hasta la decoración de los platos que se servían.

Ni a ella ni a la Mamita les importaba mucho la opinión de la parentela y la evaluación la hacían las dos en muy discretas reuniones, que aspiraban a corregir futuros errores.



Pero ¿cuál era la historia de Irene?, pues todos tenemos una, ¿no? Estuvo casada. Tuvo dos hijos que vivían en Europa; el marido desapareció; según las primas, se fue con una mujer más joven... y adinerada. Irene se refugió en Luisa y nunca más volvió a su vida anterior, de la que lo único que conservó fue su gran amor por la música clásica y su capacidad para interpretarla vocalmente y al piano.

Procuraba llevarse bien con toda la familia y la receta era no responder jamás a las provocaciones, que, a veces, eran pesadas, hirientes.

Cuando Luisa enfermaba, no tenía otra ocupación que atenderla. Y cuando llegó la última hora de la vieja dama, no se separó de su lado.

Un poco antes del fin, Luisa llamó a todos los miembros de la familia y les dijo que ya sabrían repartirse la herencia y que lo hicieran sin disgustarse. Pidió que le dieran su cofre de joyas, que contenía auténticos tesoros. Eligió unas cuantas piezas y se las dio a Irene, ante todos, aclarando que eso no entraba en el reparto.

Cerca de la muerte de Luisa, Irene se encerraba en la sala del piano con dos músicos y ensayaba con ellos unos fragmentos del Réquiem de Mozart, que los cantó magníficamente en la misa de honras de la Mamita.

Al día siguiente del entierro, buscó a Silvia, la hija mayor de Luisa y le agradeció por todo lo que le habían dado en los años que vivió con ellos. Devolvió las joyas entregadas por la vieja señora y se reservó un anillo, como recuerdo, dijo.

Silvia dudó, había sido la voluntad de su madre, susurró, pero Irene puso en sus manos las joyas y se fue de la casa ese mismo día.

Nunca más volvieron a saber nada de ella, y no es que dejaran de averiguar discreta o indiscretamente en diferentes medios, en los que se presumía podía hallarse.

—¿Se casaría de nuevo?

—¿Ingresó en un convento?

—¿Se dedicaba a obras sociales en lejanos países?

Jamás, el menor rastro, como si hubiese sido un precioso fantasma el que vivió con la familia por varios años.

Alguien dijo:

—Vaya familia para que desaparezcan las mujeres, ¿se acuerdan de una Eunice que también se hizo humo?

Algunos la recordaban, otros no.

Francisco, que siguió sus huellas e intuía la historia de su esfumarse, sintió, a los años, un estremecimiento.

## El cuento

Estaba el gran volumen, allí, sobre la mesa de noche, y una notita firmada por Eunice: «Por favor, no lean este cuento. Adiós».

Francisco, el curioso que nunca falta en una familia, la desobedeció. Empezó a leer el texto, que era verdaderamente fascinante, pero sintió que cada vez estaba más allá, en el orbe de la asombrosa narración, que en el mundo real.

Logró escapar. Tomó el grande y bellamente ilustrado volumen que no tenía en la tapa más que una palabra que contenía en sí todo el especial encanto de la obra: «CUENTO».

Recordó que Eunice, una lejana y misteriosa pariente, que adivinaba el porvenir leyendo el pozo de las tazas de café o mirando las líneas de la mano, vino a pasar unos días con ellos, hacía varios meses.

Su conversación era fascinante, pues solo hablaba de cosas extrañas y personajes a los que había conocido, muchos de los cuales murieron o desaparecieron años o siglos atrás.

La abuela Luisa le llamaba discretamente la atención, pero ella era imbatible.

Al fin, una mañana no vino a desayunar. Fueron a buscarle y encontraron la cama apenas deshecha, el libro y la nota sobre la mesa de noche. Y nunca ningún otro rastro.

La abuela se quejaba de la gente ingrata que no era capaz de poner una notita de agradecimiento por lo bien que se le había tratado, al menos.

Pero todos sentían una gran inquietud porque las cosas de Eunice permanecían intactas en la habitación.

—Se fue con sus misteriosos amigos —sentenció Irene, que era muy lúcida, dueña de un gran espíritu crítico y dada a no hablar mucho.

Se cerró la habitación para siempre por voluntad de la abuela, pero Francisco, sin decir nada a nadie, se sustrajo el volumen del «CUENTO» y lo incineró en el pequeño bosque cercano a la casa, mientras pensaba intensamente en Eunice.

**C O D A**



## Finale / Apocalipsis

### Un cuento de Daniel Antonio Zamora Dávila

No era el final de los dinosaurios, tampoco el de los humanos, ni el de los ángeles, de ninguna manera el de las guerras, por supuesto que no el de las religiones, por lo tanto, tampoco el de la pobreza y por ende el de los asesinos. ¿No creerás que era el de los cuentos? Mucho menos el de todos los borrachos desdichados que alguna vez quisieron ser artistas y ni hablar del de los momentos felices y tristes. Qué más da, de todas maneras, ninguno me importaba. El único final que no me podía perder era el de la sinfónica, pues los boletos me habían salido caros y no quería perderme ni el más mínimo detalle, pero mi ser biológico también tiene sus necesidades absurdas y me tenía al borde de un accidente muy vergonzoso, así que encontré el momento preciso en el que los músicos cambiaban sus partituras y salí corriendo al baño. Quedé paralizado el instante en que logré ver la puerta de vidrio que daba a la calle, pues

en su reflejo a la distancia, un estallido color naranja iluminaba todo el horizonte, hermoso pero aterrador. No es normal que sea de noche y el cielo esté tan iluminado, decía yo. La orquesta había retomado la obra, la música que escuchaba me hace sentir feliz pero no podía moverme y empezaron las preguntas. ¿Qué es? Todos mis vellos se erizaron y tenía la piel de gallina. ¿Por qué? Entonces, el tiempo empezó a transcurrir más lento y solo fui un mar de llanto, no había que darle tanta vuelta, sabía que era el fin, estaba más que claro. En segundos el suelo comenzó a temblar y yo, en una carcajada llena de nervios, desaparecí.

Luego, un blanco infinito, no se ve nada, es como si estuviera ciego, pero sí puedo escuchar claramente mis pensamientos, la música y, claro que sí, es la misma orquesta, no podría confundirla jamás, pero esta vez es diferente, la entiendo mejor y se siente como si estuviera en mi piel, como un cosquilleo, más como si fueran voces que me hablan y me dicen dónde debo ir. Yo quiero ir, pero mis piernas no funcionan, también algo cambió, no siento mi cuerpo, pero no me molesta. Todo se siente más ligero, incluso la mente. ¿Podría ser este el final? Aunque no es un mal final, ¿o sí? ¿Podría ser mejor? ¿O solo fue un sueño? Espera un momento, ¿con quién estoy hablando?



Ah, es verdad. Como que todo desapareció, no hay nadie, solo el sonido de los instrumentos insinuando *in crescendo* que los siga; creo que mejor me voy, mejor sigo lo que me dicen porque, al parecer, suenan cada vez más lejos y, como dije, no me quiero perder ni un movimiento. Mejor dejo de pensar y me dejo de tonterías, que eso es para los humanos y pues claramente no soy uno más, ahora soy parte del final de la orquesta que acompaña el Apocalipsis final, el único y verdadero. Fin.



# ÍNDICE

DÍAS DE LA VIDA.....	31
SUEÑOS .....	41
VARIACIONES SOBRE LA MUERTE.....	51
FANTASMAS .....	65
LITERARIOS .....	79
BATALLAS DE RENGLÓN.....	87
LIBROS PERDIDOS .....	93
JOYAS.....	101

UNICORNIOS .....	109
MICRO MICROS.....	115
NOCTURNOS.....	129
CROMOS .....	137
BESTIARIO .....	149
VARIACIONES DEL AMOR .....	165
RÍOS Y POETAS .....	173
Y AQUÍ, LOS ÁNGELES.....	181
CASAS.....	195
CODA .....	205







*Días de la vida. Cien microcuentos* de Jorge Dávila Vázquez es una publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay y la Universidad del Azuay, y cuenta con el aval del Encuentro sobre Literatura Alfonso Carrasco Vintimilla



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY













ISBN: 978-9942-847-78-2



9 789942 847782

Hay escenas de crimen, hay ancianos solitarios y amantes celosos, pero más que nada, fantasmas buenos, añorantes de la vida y las personas, que regresan insistentes a diferentes escenarios, implícito tributo a la vida, como si la muerte fuese una cosa triste; todo contado con gracia y sin estridencias, como si las historias estuvieran buscando el solaz, no el susto; la añoranza y no la amargura.

Cecilia Ansaldo Briones  
Fragmento del prólogo



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY



Casa  
Editora



CCE  
AZUAY